

Colectivo de autores



SESENTA AÑOS DESPUÉS

*Crónicas de la Universidad de Las Villas,
con formalidad y gracejo, mandadas a componer
por el editor para su propio deleite
y el de los bienaventurados
que consigan alcanzar ejemplares*



<http://lasvillasletras.uclv.edu.cu/>

NO SE AUTORIZA LA PUBLICACIÓN DE ESTA EDICIÓN EN OTROS SITIOS DE INTERNET

Dirección de edición:

Misael Moya Méndez

Logotipo y portadas:

Jorge Luis Rodríguez Aguilar

Realización:

Misael Moya Méndez

© Misael Moya Méndez (comp.) y coautores, 2012

© Sobre la presente edición:

Las Villas Letras, 2015

ISBN: 978-959-7227-07-6

LAS VILLAS LETRAS

Centro Provincial del Libro y la Literatura

Carretera a Sagua, N° 181, esquina a Las Mercedes

Santa Clara, Cuba

E-mail: lasvillasletras@gmail.com

ÍNDICE

BREVE DISCULPA. El editor | 6

LA UNIVERSIDAD CENTRAL EN EL AVANCE DE LA GUERRA REVOLUCIONARIA. Antonio Núñez Jiménez (†); preámbulo de Ángel Graña González | 7

DEL CHE GUEVARA, PANDO FERRER Y OTROS DE MIS RECUERDOS. Ramona Reyes Díaz (†) | 11

ANTES DE LA FEU EN LA UNIVERSIDAD DE LAS VILLAS. Juan Virgilio López Palacio | 13

LA DÉCADA EDITORIAL DE SAMUEL FEIJÓO. Misael Moya Méndez | 16

CARIDAD REGINA CON SUS CLAROS RECUERDOS. Gema Mestre Varela | 19

GASPAR JORGE GARCÍA GALLÓ. Juan Virgilio López Palacio | 22

JUAN FERRAT: CANTOR DE *LA VIEJA DAMA INDIGNA*. Gema Valdés Acosta | 24

DE UN TALLER LITERARIO Y DE UNA INFLUENCIA DECISIVA EN MI VIDA. Luis Alfaro Echevarría | 27

PABLO DÍAZ CUEVAS Y SERGIO SERAFÍN MAYEA. Felipe Lidcay Herrera Isla | 30

JESÚS ABREU: CREADOR DE LA «INTERVENCIÓN UNIVERSAL». Lorgio Batard Martínez | 35

- LA LEYENDA DEL MEJOR OÍDO. Ana Vivian Fernández Peraza y Misael Moya Méndez | 38
- LA LEYENDA DE UN ROLLS-ROYCE PHANTOM. Reinaldo Martínez, Víctor Samuel Ocaña, Misael Moya, Fernando Echerri... | 42
- REALIDAD Y LEYENDA DE UN CENTRALITO. Ángel Rubio González | 45
- LA MEMORABLE ACTUACIÓN DE *BOS TAURUS* EN EL TEATRO. Felipe Lidcay Herrera Isla | 51
- EL CASO DEL MUERTO QUE NUNCA LO ESTUVO. Néstor Guillermo del Prado Arza | 53
- EL SUSTO DE CARUCA: UNA SECUELA DEL MUERTO QUE SE FUE DE RUMBA. Eberto Morgado Morales | 59
- CRÓNICA DE UN SECUESTRO ANUNCIADO. Pablo René Estévez | 61
- UNA BODA POR LA UNIDAD UNIVERSITARIA. Carmen Guerra Díaz | 63
- UN «DOS CON DIGNIDAD» QUE NO AMILANÓ A UNA UNIVERSIDAD REALMENTE DE VANGUARDIA. Juan M. Diego Cobelo | 67
- DONDE SE CUENTA DE UN RECTOR INGENIOSO CON SALIDAS MUY ESPONTÁNEAS. Digna Vázquez López | 69
- DE UN RAMÓN HIPOCONDRIACO Y DE UN JOAQUÍN «INFARTADO». Luisa Fajardo Nápoles | 71
- EL CASO DE LOS VERSOS APÓCRIFOS. Francisco Rodríguez Alemán | 74
- LOS CABALLOS DE LA BOMBA. Xiomara García Machado | 76
- EL ROBO DEL OBJETO DE RARÍSIMO NOMBRE. Misael Moya Méndez | 79

FORMIDABLES ANÉCDOTAS DE EBERTO MORGADO, EN *EDITIO EXPURGATA* POR EL PROTAGONISTA. Lorgio Batard Martínez | 82

NUNCA FUERON MIS CABELLOS TAN RUBIOS. Josefina Jover de la Prida | 89

TEATRALES MEMORIAS CONTADAS TEATRALMENTE. Luisa Fajardo Nápoles | 92

COMPUTADORAS: UN BREVE CAPÍTULO DE ARQUEOLOGÍA UNIVERSITARIA. José Rafael Abreu García | 96

MEMORIA DEL GRUPO DE PENSAMIENTO FILOSÓFICO LATINOAMERICANO. Pablo Manuel Guadarrama González | 103

LA UNIVERSIDAD CENTRAL EN MI RECUERDO. Félix Julio Alfonso López | 115

Del compilador-editor | 121

BREVE DISCULPA

Aquí existió un prólogo. Tuve que suprimirlo
para cuadrar la cantidad de páginas del libro.

O no habría libro. Al final, me convenzo
de que este pequeño o grande sacrificio
no altera en nada la relevancia del
volumen, que está, sin duda,
en las formidables páginas
que siguen...

EL EDITOR

LA UNIVERSIDAD CENTRAL EN EL AVANCE DE LA GUERRA REVOLUCIONARIA

Antonio Núñez Jiménez (†)

PREÁMBULO. *Durante una jornada de la pasada Feria del Libro en la provincia de Sancti Spíritus, el editor Misael Moya me comentó su idea de publicar un libro de crónicas y memorias por el aniversario 60 de la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas.*

Entre las semblanzas, no debía faltar una sobre el doctor Antonio Núñez Jiménez, me dijo. De sus palabras deduje que para él se trataba de un imperativo real. Casi inmediatamente me puse a buscar en nuestros archivos datos y hechos sobre la estancia de Núñez como profesor en esta universidad, y con gran alegría vi que existe amplísima información al respecto. De hecho, corroborar la abundancia y suficiencia del material, me ha movido a pensar en un trabajo mayor, que prometo incluir entre mis tareas inmediatas.

Por lo pronto, del manuscrito de su libro inédito titulado «Recuerdos», me permito compartir con ustedes estos fragmentos que relatan su llegada a este centro en compañía del comandante Ernesto Che Guevara; muy oportunos, creo, con motivo de este aniversario.

ÁNGEL GRAÑA GONZÁLEZ

Vicepresidente de la Fundación Antonio Núñez Jiménez
La Habana, 21 de marzo de 2012

A las ocho de la noche del 27 de diciembre de 1958, el Che nos reúne en su cuartel general en Placetas. Sin preámbulos, nos dice a un grupo de sus ayudantes y jefes de pelotones:

—Vamos a organizar el ataque a la ciudad de Santa Clara para mañana temprano. Partiremos esta madrugada.

Acto seguido, me orienta guiar personalmente la Columna 8 «Ciro Redondo» hasta la Universidad de Santa Clara, donde debemos establecer la comandancia guerrillera.

La esperada noticia produce una gran alegría. Hay compañeros que se frotan las manos. Para mí significa volver a la *Alma Mater* donde ejercía la cátedra de Geografía.

Regresamos con el Che a nuestra habitación en el Hotel Las Tullerías, donde días antes habíamos instalado equipos geográficos con destino al estudio del teatro de operaciones. El comandante de la Columna 8 se asoma al estereoscopio y observa con detenimiento los factores topográficos de la región a liberar.

—El estereoscopio nos permite ver en tercera dimensión los accidentes del terreno y es muy útil para la campaña —nos dice el Che, quien, por otra parte, no conoce la geografía del país que libera, limitación que, precisamente, no deja de ser una muestra más de su genio guerrillero.

Poco después baja las escaleras del hotel. Momentos antes habíamos concentrado una caravana de los más variados vehículos: camiones, autos y yipis para el transporte de la tropa hacia Santa Clara.

Horas antes de su orden para el ataque a Santa Clara, el Che me orienta estudiar cómo la Columna 8 puede llegar a la gran ciudad sin ir por la Carretera Central. Resulta evidente que el enemigo espera nuestra ofensiva por esta última vía.

Como jefe del Servicio Topográfico y de Enlaces Militares de la Columna 8 y junto al teniente Evidio Méndez, exploramos el territorio entre ambas ciudades y proponemos al Che tomar un viejo y poco frecuentado camino de tierra que parte desde las afueras de Placetas y entronca con la carretera a Camajuaní, no lejos de la Universidad Central «Marta Abreu», donde nos instalaríamos antes del asalto definitivo a Santa Clara. El Che aprueba esa ruta, ya conocida durante mis antiguas exploraciones geográficas.

Cerca de las dos de la madrugada, dejamos Placetas por el camino de La Vallita, ruta seleccionada y que llega hasta la carretera a Camajuaní por los llamados

callejones de Las Yaguas y Pupulí a lo largo de 15 kilómetros, más otros 5 por la carretera de Camajuaní a la Universidad.

Al adentrarnos en el campo, la hilera de luces de los vehículos es impresionante. Vamos en el primer yipi con el Capitán Guile y otros compañeros. Ni un solo avión sobrevuela la Columna; esta se aproxima a su destino sin más incidentes que dos o tres automóviles imposibilitados de vadear algunas cañadas y que quedan atascados. La marcha es muy lenta debido a los accidentes del terreno, hasta que llegamos a la carretera asfaltada de Camajuaní a Santa Clara. En adelante, el camino está más despejado. Los grupos clandestinos de campesinos y de otros sectores han tumbado casi todos los postes de los tendidos eléctricos y telefónicos para aislar aún más la capital villareña.

A las cuatro de la madrugada llegamos a la Universidad. Ante el movimiento guerrillero rebelde, la Policía Universitaria sale a ver qué pasa. Les grito desde el yipi quiénes somos, y todos, al reconocernos, vienen a abrazarnos. Horas antes, rebeldes al mando de Rogelio Acevedo habían desarmado a esos policías. La mayoría de estos habían sido nombrados en mayo de 1957 por un grupo de profesores revolucionarios para garantizar la autoridad del sabio rector, doctor Agustín Anido Artiles, quien pertenece al Movimiento Revolucionario 26 de Julio. Antes de esa fecha, la Universidad, bajo la dictadura del doctor Modesto Pineda, secretario de la Casa de Estudios, era un centro de apoyo al gobierno de Batista y al imperialismo norteamericano, a través del Punto Cuatro, una agencia de «ayuda» económica de los Estados Unidos. Nuestra tarea consistió, a partir de aquel año, en depurar la Universidad de la jefatura pro oficialista y convertirla, como la Universidad de La Habana, en baluarte de la Revolución. Debe recordarse que la primera medida del movimiento universitario de mayo de 1957 fue darle carácter legal a la Federación Estudiantil Universitaria, uno de cuyos dirigentes, Ramón Pando Ferrer, del Directorio Revolucionario, murió asesinado en las montañas del Escambray, y con quien habíamos colaborado en el establecimiento de la guerrilla del Directorio en aquellas montañas. La Universidad Central adquirió desde

entonces su verdadero carácter de organismo autónomo y abrió sus puertas a las organizaciones revolucionarias.

Ahora, en esta madrugada del 28 de diciembre, nos posesionamos del recinto universitario e instalamos en él la jefatura de la Revolución en Cuba Central.

A las seis y treinta ante meridiano, cuando el disco rojizo del Sol sale tras los edificios de la *Alma Mater*, llega el Che a la Universidad.

La Columna 8 «Ciro Redondo» está compuesta en ese momento por trescientos hombres. El comandante Guevara orienta de nuevo el plan de ataque. Después sube a los altos del edificio de la Escuela de Ingeniería y coloca personalmente una ametralladora 30 de trípode, de manera que pueda barrer al enemigo que contraataque desde Santa Clara por la carretera. El aula de Geografía, mi centro habitual de labor profesional, queda convertida en la sede del Servicio Topográfico de la Columna 8. Desde octubre de aquel año se confeccionan aquí los mapas y otros documentos para la guerrilla del Che...

EL CHE GUEVARA, PANDO FERRER Y OTROS DE MIS RECUERDOS*

Ramona Reyes Díaz (†)

Yo me llamo Ramona Reyes Díaz, nací el 14 de junio de 1907 y soy fundadora de este centro. Empecé a trabajar aquí en 1951. El cargo mío es de bedel y siempre he trabajado con lo que es hoy la Facultad de Economía, que primero se llamó Ciencias Comerciales y después Escuela de Contadores.

Cuando triunfó la Revolución, al principio, el comandante Ernesto Che Guevara venía aquí hasta dos veces semanales; en ocasiones, una vez. A él le pedían que tocara los pitos de los yipis en la puerta, pero él decía que no, que hasta que no llegara al teatro. Cuando llegaba, mandaba un compañero a buscarme al Pedagógico, donde yo trabajaba, para que le abriera el edificio. Allí estuve cuando le fueron a poner la toga, que él no se quiso poner; entonces, me la dieron a mí para que yo la guardara, así que esa toga yo la tuve mucho tiempo guardada...

Cuando la muerte de José Antonio Echeverría, yo entraba a trabajar a las doce del día y vi a la Juventud, que estaba poniendo un crespón negro en el edificio del Pedagógico. En eso, cuando iban por la mitad del edificio con aquella tela negra, empezó a llegar la policía y empezó a llegar la guardia rural. Entonces, figúrese, se pusieron con malas palabras conmigo, buscando la forma de que yo les dijera quiénes eran los que estaban poniendo eso allí. Yo les dije que no, que yo estaba

* Ofrezco la transcripción del testimonio que Ramona me permitiera grabarle en 1992 para un programa de la Radio Universitaria con motivo del aniversario 40 de la UCLV. El programa, con 13'30" de duración, se transmitió en varias oportunidades y obtuvo premio en el Festival Nacional de Radio Bases ese mismo año. Agradezco al técnico Ángel Yera, de la emisora provincial CMHW, el proceso de digitalización de la cinta magnetofónica en que conservaba el original. (N. del E.)

sola, que yo había acabado de llegar y no había nadie allí. Pero el presidente de la FEU y un conjunto de jóvenes se habían metido debajo de unas cajas de cartón.

—¿Dónde están ellos? —preguntaban, pisoteando las cajas aquellas—. ¿Y estas cajas por qué están aquí?

—Bueno, yo no sé, no sé por qué están esas cajas allí, pero yo supongo que sea mercancía que habrá venido aquí y han dejado esas cajas...

Y los muchachos metidos debajo.

Eso fue a las doce y estuvieron por allí hasta las cinco o las seis de la tarde. Los muchachos empezaban a llamarme, pero yo les pedía que no salieran. Revisaron todo, hasta el edificio del rectorado, y no encontraron a nadie. Ya al oscurecer, cuando pude ver que se iban, fue que los muchachos salieron de allí abajo; pero si llegan a salir de allí antes, los hubieran matado y me hubieran matado a mí también...

Ahora, entre tantos alumnos que ha habido en este centro, no he podido comparar a ninguno con José Antonio Echeverría, como a nuestro mártir, que es Ramón Pando Ferrer. Tenía su misma disposición de seguir la Revolución hasta morir o vencer. Pando Ferrer fue alumno de Economía, y se mantuvo siempre como alumno de primer año. Cuando triunfó la Revolución, se le reconoció entre sus primeros mártires.

Estos cuarenta años que llevo aquí me han permitido aprender mucho. En cuanto clase se daba, yo cooperaba. Hice mi Secundaria Básica Obrera, la Milicia... Como soy costurera, saqué mi certificado de Corte y Costura; saqué mi certificado de Tejido; ahora estoy con dos agujas, y espero que el factor tiempo me ayude para poder terminar.

Tengo la medalla de la Universidad, la medalla 28 de Septiembre, la de la Alfabetización, y también la medalla 300 Aniversario de la Fundación de la Ciudad de Santa Clara.

A la juventud de hoy yo le recomendaría seguir esa frase bellísima de Julio Antonio Mella que decía —o que dice, ¿no?—: «Si me adelanto, sígueme; si me detengo, empújame, y si retrocedo, mátame».

ANTES DE LA FEU EN LA UNIVERSIDAD DE LAS VILLAS

Juan Virgilio López Palacio

Uno de los capítulos más hermosos de la historia de la región central de la Isla antes de 1959, lo constituye el proceso de esforzada lucha estudiantil por crear la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU) en la Universidad de Las Villas.

La actitud intransigente, de oposición a la labor organizativa de los estudiantes, no quebrantó los diversos intentos que se sucedieron por crear una institución de base, que tuvo un momento culminante en la fundación, por los alumnos de nuestra Escuela de Pedagogía, de la Fraternidad Carmen Gutiérrez Murillo.

El reglamento de la Fraternidad establece entre sus fines el desarrollo de actividades culturales, recreativas y de beneficencia, y la realización de trabajos de seminarios e investigaciones. Entre sus actividades culturales se señalan la discusión de temas de tipo educativo que contribuyeran a elevar el nivel cultural de la comunidad, los debates y proyecciones de películas de valor socioeducativo, las conferencias por profesionales del centro (para las cuales se formularía la correspondiente petición a la dirección de Extensión Cultural), además de las sesiones especiales de lectura sobre obras propuestas por los estudiantes en relación con las carreras que en cada caso estudiaran.

Entre las actividades recreativas se relacionan excursiones, visitas a centros culturales y otros actos de similar carácter, que tienden a fomentar y estimular las relaciones entre los estudiantes de la Universidad Central y los de otros centros de enseñanza.

Entre las actividades de beneficencia figuran la creación de becas para ayudar a niños pobres de la ciudad y la cooperación con las instituciones benéficas de la comunidad.

En torno al cuarto fin, se promovería el mayor número posible de trabajos de investigación sobre temas de interés social y otros en relación con materias de las carreras, y se desarrollarían seminarios sobre variadas temáticas relacionadas con los fines de la Fraternidad; actividades estas que tendrían la orientación de los profesores universitarios.

A la Fraternidad podían pertenecer no solo los alumnos de la Escuela de Pedagogía, sino todos aquellos que estudiaran en las restantes carreras universitarias.

Por elección, se estableció la directiva de la Fraternidad Carmen Gutiérrez Murillo, tal como sigue:

Presidente:	Ángel Ávalos Montero
Vicepresidente:	Gladys Fernández Rodríguez
Secretaria:	Omara Ruiz Villarreal
Vicesecretaria:	Nelia Martínez Crespo
Tesorera:	María Teresa Cala Ruiz
Vicetesorero:	Juan Virgilio López Palacio
Vocales:	Pascual Manso Betancourt
	Haydée Céspedes Morgado
	Caridad Marín Cárdenas
	Nerelys de Armas Ramírez

La doctora Séntola Ribalta Suárez figuraba como asesora de la Fraternidad, cuyo reglamento aprobó el Consejo Universitario, no sin dejar de expresar su satisfacción por la creación de organismos estudiantiles de esta naturaleza.

Nacía así el único tipo de organización permitido por las autoridades universitarias y que a pesar de su supuesto carácter apolítico, sirvió para nuclear una parte importante del estudiantado en torno a la ejecución de algunas actividades. La lucha se mantuvo hasta alcanzar, en 1954, el reconocimiento de un tímido «Reglamento de la Federación Estudiantil de la Universidad Central de Las

Villas», representativo de las diferentes asociaciones de escuelas, pero castrado de todo además político.

Solo después del triunfo revolucionario del 1º de enero de 1959, se crea la FEU en la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas; pero no puede olvidarse jamás que tuvimos un antecedente fundamental en la historia de la organización y de las luchas del estudiantado universitario cubano.

LA DÉCADA EDITORIAL DE SAMUEL FEIJÓO

Misael Moya Méndez

Hace unos meses, en una agradable visita que realicé por invitación de las autoridades de Cultura a la ciudad de Manzanillo, tuve la dicha de que abrieran para mí la que fuera biblioteca personal del poeta Manuel Navarro Luna, que permanecía cerrada al público. Y mi asombro fue grande al descubrir que tal vez allí esté, excelentemente conservada, una de las más completas colecciones de los libros que Samuel Feijóo editó en esta Universidad Central en el período de 1958 a 1968.

Para los menos enterados, valga decir que fue nuestra casa de altos estudios la que llevó al público cubano, por vez primera y en altos tirajes, libros como *El cuentero*, de Onelio Jorge Cardoso; *Biografía del Tabaco Habano*, de Gaspar Jorge García Galló; *Contemporáneos*, de Juan Marinello; *El caserón del Cerro*, de Marcelo Pogolotti; *Memorias de una cubanita que nació con el siglo*, de Renée Méndez Capote; *El pan de los muertos*, de Enrique Labrador Ruiz; *Lo cubano en la poesía*, de Cintio Vitier; *Idea de la estilística*, de Roberto Fernández Retamar; *Tengo*, de Nicolás Guillén; *Tratados en La Habana*, de José Lezama Lima; *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* o la *Historia de una pelea cubana contra los demonios*, de Fernando Ortiz; y muchos títulos del propio Feijóo, como *Sabiduría guajira, refranes, adivinanzas, dicharachos, supersticiones, cuartetas y décimas antiguas de los campesinos cubanos*, o su popular *Juan Quinquín en Pueblo Mocho...* Cien clásicos de la literatura cubana, muchos de ellos llevados a la televisión, la radio y al cine, que dieron visibilidad grande a esta Universidad Central de Las Villas y que, junto con la revista *Islas* —parte inseparable del gran proyecto editorial feijoseano—, ayudaron a establecer la fama de institución culta y

de sólida orientación humanística con que aún hoy se le reconoce dentro y fuera de Cuba.

Feijóo editor se desarrolla en tres etapas fundamentales: antes de 1958, cuando tiene la fugaz experiencia con su revista *Ateje*; de 1958 a 1968, en nuestro centro; y a partir de 1969, cuando funda *Signos* en Santa Clara y desarrolla otros muchos e importantes proyectos culturales, pero ha dejado de ser, en rigor, la institución editorial que fuera en la anterior etapa, pues, en aquella prolífica década, más que la editorial de la Universidad de Las Villas, él llevaría adelante su propio proyecto: la editorial personal de Samuel Feijóo: sólida, única e insuperada hasta la fecha en cualquier parte del país.

¿Qué encuentra en la Universidad de Las Villas el editor Feijóo? El apoyo moral para llevar a buen término su proyecto desde lo cultural, y el apoyo económico sin la más mínima restricción. (Y debo mencionar el respaldo que recibiera del rector Mariano Rodríguez Solveira, quien apoyó y colaboró personalmente con esta empresa que resultaba una experiencia entonces inusitada para una universidad de provincia.) Aquí pudo desarrollar, libremente, todas las funciones editoriales: la fundación, la gestación de proyectos, la concepción de perfiles, la dirección y administración de recursos, la selección y comentario de textos, el rescate y promoción de valores folclóricos, la redacción de estilo y la corrección, la ilustración y concepción gráfica de numerosos trabajos hasta fundar una estética.

Sobre su competencia, valga la anécdota que suele relatar la maestra de editores Teté Blanco, quien fue testigo de la habilidad de Feijóo para descubrir, frente a unas planas formadas en la era del plomo, dónde practicar el cambio mínimo que resolvería, a la larga, un grandísimo problema de compaginación. Es que se había formado en el taller, en la imprenta, y unía él solo los saberes completos que el editor precisa y un ojo sagaz, bien entrenado en la solución de contratiempos diversos.

No es posible desarrollar en apretada síntesis el desempeño editorial de Samuel Feijóo, pero sirva esta nota para dejar testimonio de que, a la luz de

investigaciones actuales que lamentamos no haber desarrollado varios años atrás, advertimos que Feijóo supo resolver con facilidad algunos de los problemas que contemporáneamente enfrentaron, y no supieron resolver con total eficacia, muchas casas editoriales territoriales; entre ellos, el de la imagen. Nos enseñó que muchas veces, antes que promover visualidades diferentes por medio de colecciones diversas, es preferible conseguir una estética única y distintiva, una imagen corporativa de la casa en sí misma. Gracias a esta conquista, fue para mí muy fácil, en la biblioteca de Manuel Navarro Luna, identificar al vuelo, aquí y allá, en libros de disímiles géneros y en distintos formatos —¡más de los que había censado hasta ese momento!— las obras todas del catálogo de esta Universidad; y no es que fuera ni la imagen más bella ni la más funcional, pero era *su imagen*, y ese logro resulta una importante lección para editores y diseñadores actuales.

Cualquier historia de esta casa de altos estudios que no trate en sus páginas la década editorial de Samuel Feijóo, podrá ser la historia de una universidad cubana, pero nunca la historia de la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas.

CARIDAD REGINA CON SUS CLAROS RECUERDOS

Gema Mestre Varela

En 1968, cuando Samuel Feijóo concluye su productivo período en esta Universidad, fue Caridad Regina quien asumió la dirección del Departamento de Estudios Folclóricos, donde desarrolló una sostenida y fecunda labor; y fue también ella quien continuó la obra del brillante editor al frente de la revista *Is/as*, que ya para entonces, tras diez años de existencia, era la más importante carta de presentación de este centro a nivel internacional.

Su trayectoria laboral, extensa y productiva, le permite atesorar vivencias únicas del quehacer universitario. Fue también profesora de Sociología, Historia de América y Marxismo-Leninismo; directora de la Escuela de Letras y secretaria del SINTEC.

Un breve coloquio con Caridad Regina García nos pone al tanto de aquellos lejanos años en que fuera estudiante fundadora, cuando se constituye un consejo que convoca a elecciones estudiantiles para escoger a un grupo de compañeros, procedentes de distintas facultades, que tendrían la importante misión de elaborar el reglamento de una incipiente organización estudiantil. Recuerda que entre los elegidos estaban Marta Jorge, Olga Rodríguez Rivero, Encarnación Alicea, Luis Peralta y Graciela Cancio.

El grupo llegó a tener contradicciones de tanta envergadura con el Consejo Universitario, que fue necesaria una huelga. Al no ceder ninguna de las partes, se produjo el cierre de la Universidad. A mediados de año reabren las puertas, pero aquel grupo que inició la lucha no fue reelecto.

De estos tiempos fundacionales, Caridad recuerda el rechazo del Partido Comunista al convenio firmado con representantes de Estados Unidos (el famoso

Punto Cuatro); en especial, el modo en que el doctor Juan Marinello Vidaurreta criticara la supuesta ayuda técnica a esta Universidad, subordinada en aquel entonces a un claro entreguismo.

La existencia de un Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA) y de un Departamento de Investigaciones Folclóricas en nuestra institución no es tan conocida como quisiéramos. El primero, dirigido por Omar Díaz de Arce, desarrolló una vasta labor sobre la cultura e historia latinoamericanas. El segundo, estrechamente ligado a la obra de Caridad Regina, indagó de manera profunda en la cultura popular y tradicional cubana. Al respecto, recuerda:

Era rector en aquella etapa José Nazario González. Acepté el nombramiento con carácter provisional, ya que no tenía experiencia en este tipo de actividades. Recibí la ayuda necesaria de los compañeros en la Universidad. Me ofrecieron orientaciones y aliento destacadas personalidades; en este momento pienso en José Antonio Portuondo, Argeliers León, Ambrosio Fornet y Raúl Roa, quien señalaba que la revista *Is/as* era la comunicación de la Universidad con el mundo. Los profesores de la escuela de Letras colaboraron en la redacción de artículos y en la revisión de pruebas de plana y de galera. Dos trabajadores no docentes del departamento empaquetaban y remitían las revistas a instituciones nacionales e internacionales.

Hace ya algunos años se orientó que los profesores debíamos permanecer durante ocho horas en departamentos carentes de condiciones materiales para ello y sin un contenido de trabajo que justificara este hecho. Además, era una situación muy irregular, pues gran parte de la labor docente, metodológica e investigativa de un profesor universitario se ha realizado siempre fuera de la Universidad, en vínculo con muchas otras instituciones: bibliotecarias, académicas, productivas, científicas... Un profesor del Departamento de Letras me recordó hace unos días que él residía entonces en otra provincia, y para evitar un viaje a la Universidad los sábados, trabajaba una hora más diaria, por la tarde o por la noche, para cumplir con el horario establecido. Acatamos y cumplimos aquella decisión, pero como no la compartíamos, con el mayor respeto lo expresamos a las autoridades y

organismos correspondientes. De la reunión que sostuvimos, rememoro la presencia de Domingo Rodríguez Fragoso y Caridad Regina, quienes con sus fundamentados argumentos se destacaron en el análisis. Sobre esta situación, ella nos cuenta:

Nos encontrábamos en locales con un mínimo de condiciones para el trabajo científico y profesores preparados para realizarlo; sin bibliografía suficiente ni computación. ¿Qué podíamos hacer allí si, cuando todos coincidíamos, apenas cabíamos en aquel local? Cumplimos, pero muchas veces en detrimento de la verdadera labor universitaria; por eso yo planteaba que se asignaran tareas con un adecuado control.

Con ochenta y seis años de edad, Caridad Regina recuerda con cariño y nostalgia su estancia en la Universidad de Las Villas. Mientras, vive su arte y expone sus cuadros en reconocidas galerías de nuestro país.

GASPAR JORGE GARCÍA GALLÓ

Juan Virgilio López Palacio

En el mes de marzo de 1977, recibí una carta de la amiga Marta J. García, hija del doctor García Galló, maestra primaria, graduada en el curso 1948-1952 en la Escuela Normal para Maestros de Las Villas, ubicada en Santa Clara; ciudad que, según expresara el ilustre profesor, le abrió «la flor de la vida».

En el texto de la carta me expresaba su interés por que la Cátedra de Pedagogía de nuestra Universidad Central, que lleva el nombre de su padre y la cual me honro en presidir, contara con la autobiografía de Galló, «escrita de su puño y letra», y que fuese del conocimiento de toda la comunidad universitaria.

En esa autobiografía expresa, en un acápite referido a su trayectoria laboral, que obtuvo por concurso de oposición la cátedra de Profesor Titular de Lengua y Literatura Griega en esta Universidad desde su creación en 1952. Quedo obligado a citar que el doctor Galló, como le llamábamos con cariño y admiración todos sus alumnos, solía decirnos al respecto: «Solo me permitieron, en aquella sociedad, explicar una lengua muerta, porque si me hubieran permitido profesar una lengua viva, hubiese explicado filosofía marxista».

En enero de 1986, al cumplir 80 años de edad, nuestra Universidad le ofreció un homenaje, y al agradecer la actividad que se hacía en su honor, afirmó:

Cuando me preguntan cómo es que he llegado a estos años con energía y con deseo de seguir luchando y trabajando, yo suelo decirles que una de las razones es que pongo gusto en lo que hago. Porque el hombre se realiza en lo que hace, en su trabajo, y entonces si usted pone gusto está poniendo amor [...] Hacer las cosas con gusto, es decir, tratar a los camaradas de lucha con gusto, saludarles, quererles, y llegar al extremo de odiar, con gusto, al enemigo; poner gusto en las cosas, eso es

algo que debe servir de guía, sobre todo al formador de las nuevas generaciones, porque él tiene que servir de ejemplo.

Galló solía caminar por los pasillos de la Escuela de Filosofía y Letras, acompañado de excelentes profesores como los doctores Antonio Núñez Jiménez y Medardo Vitier. Este último, recuerdo que solía reiterar en sus clases, con vehemencia y hasta con emoción, la muletilla «yo apunto». En cierta oportunidad, pasaba Galló por el pasillo frente al aula de Vitier y tras oír la mencionada expresión, le dice al doctor: «Medardo, te pasas la vida apuntando, pero no disparas». Por supuesto que este es un ejemplo de las magníficas relaciones personales que existían entre el Profesor de Mérito García Galló y los demás miembros del claustro, en especial el Profesor Extraordinario Medardo Vitier, que tal fue la categoría que le fuera otorgada en 1952.

Mucho se ha hablado y probablemente mucho más se hablará en los próximos años acerca de la vigencia y actualidad de la obra de García Galló. Una lectura abierta y dialéctica de sus escritos, y un mejor conocimiento y comprensión de su trayectoria humana y profesional, de sus razones y sentimientos, nos convencerá de que Gaspar Manuel Jorge García Galló —que tal era su nombre completo— ha entrado ya por la puerta grande del mundo de los clásicos de la pedagogía cubana y latinoamericana. Y los clásicos nunca mueren.

JUAN FERRAT: CANTOR DE LA VIEJA DAMA INDIGNA

Gema Valdés Acosta

Entre los estudiantes de 1967 de la carrera de Letras, la filmografía de esos años era muy conocida. Teníamos un cine-club muy bien organizado y nuestro profesor de Inglés, un norteamericano judío, izquierdista y revolucionario, era apasionado del cine. Nos hallábamos de lleno entre las contradictorias posiciones que por entonces reinaban. Las polémicas culturales de esta década han sido objeto de posteriores análisis, pero para nosotros eran simplemente nuestra vida cotidiana. Como jóvenes, nos acercábamos a lo nuevo, y las apasionadas discusiones sobre las películas soviéticas y otras europeas nos iban nutriendo de lo mejor de unas y de otras.

Entre esas películas estaba *La vieja dama indigna* (filme francés de Rene Allio, basado en un cuento de Bertold Brecht), que se había estrenado apenas el año anterior. No recuerdo cómo habíamos tenido acceso a la película tan pronto: quizás en nuestros cursos sobre cine en La Habana. Casi todos la habíamos visto varias veces y tarareábamos su canción tema con la mayor familiaridad: *On ne voit pas le temps passer* («Uno no ve el tiempo pasar»). Esa canción nos acompañaba en trabajos voluntarios, guardias y actividades de la FEU, junto a los himnos y algunas canciones rusas.

El contenido de esta película conllevó discusiones que hoy denominaríamos «de género», pero que en aquel momento solamente designábamos bajo el amplio y desdibujado sintagma de «explotación esclava de la mujer». Trata de un personaje femenino que había dedicado su vida a resolver todos los problemas cotidianos del esposo, los hijos y los nietos. Pero en plena vejez enviuda e inesperadamente y para

escándalo familiar decide romper con todas las ataduras. Comienza a hacer todo, pero todo, lo que le place y a gastar el dinero en lo que le viene en ganas. Se comisiona a un nieto para que haga regresar a la cordura a la susodicha anciana, pero, ¡oh, sorpresa!, el nieto descubre que su abuela es así más feliz y realizada que antes. La película termina con la muerte de la anciana plena de felicidad. El consumismo y el machismo eran planteados de forma tan inteligente que nos causaba admiración la cantidad de aspectos que salían a relucir en nuestras apasionadas discusiones.

En esa época, era yo quien atendía el frente de Cultura en la FEU de Letras. Estaba bastante acostumbrada a que llegaran las más altas figuras de la cultura cubana de esos años. Siempre preparábamos las condiciones mínimas, incluyendo las consabidas flores y algún obsequio de recuerdo, pero me sorprendí un día cuando José Antonio González, el presidente de nuestra FEU en la carrera, me sacó del aula y con gran apremio me dijo: «Llegó un francés del Partido Comunista. Reúnan a todos los estudiantes de Letras en el patio interior, bajo el árbol grande, para darle la bienvenida. Creo que dirá unas palabras».

Nos reunimos bajo la sombra del gran árbol del patio interior de la actual Facultad de Ciencias Empresariales: éramos unos ochenta estudiantes. Entonces apareció aquel hombre delgado, con pelo lacio (continuamente cayéndole sobre los ojos), un gran bigote y una guitarra en la mano. No sabía hablar español, así que alguien preguntó quién podía traducir. Del tumulto salió Isol Beceñas, estudiante conocedora del francés, y como toda una experta resolvió la situación. Lo primero que tradujo provocó una conmoción tan profunda en aquel joven auditorio, que a nuestras risas se sumaron las del visitante mismo y sus acompañantes: «Me llamo Jean Ferrat y soy el autor de la canción de la película *La vieja dama indigna*. Si quieren, siéntese en donde puedan que vamos a cantar».

Por supuesto que estuvimos varias horas oyendo aquel improvisado concierto, hablando de política y disfrutando de aquel privilegio. De las canciones que cantó, solamente recuerdo dos que siempre se quedarán en la memoria de nuestro grupo:

La liberté est en voyage, que trata sobre la falsa libertad en el capitalismo, y *Les yeux d'Elsa*, de un texto de Aragon que conocíamos en español.

Tomé plena conciencia de quién era nuestro visitante muchos años después, cuando su nombre se unió a los antecedentes de la Nueva Trova en Cuba. Supe que junto a Jacques Brel, Georges Brassens y Léo Ferré era altamente considerado en la canción protesta francesa, y había puesto música a numerosos poemas de su compatriota Louis Aragon. Su nombre verdadero era Jean Tenenbaum y había nacido en 1930, así que cuando compartió con nosotros tendría treinta y siete años, pero aparentaba unos veinticinco. En una entrevista que le hicieron una vez declaró que con sus canciones solamente pretendía hacer pensar a los jóvenes: esa fue la función de aquel concierto en nuestra Universidad en 1967. En otra ocasión señaló:

El arte de la canción es el poder que por medio de la palabra, trasciende la realidad de las cosas para alcanzar otra dimensión. En Francia la canción siempre fue el reflejo de las revoluciones sociales, las guerras, los motines. Yo intento comunicarme dentro de esa tradición [...] Existen ideas que son como precursoras de los cambios de las sociedades. Yo no pienso que mis canciones vayan a llevar a la revolución. Pero el hecho de que ellas manifiesten la esperanza de que la sociedad cambie, ya es algo.

Jean Ferrat se retiró de la música en 1972, muy frustrado por el mundo en que vivía y por la poca libertad existente en la industria artística, pero nunca renunció a sus ideas comunistas. Por su conducta social y su lealtad a los principios humanos y políticos, su público lo llamó «el cantor guerrillero». Murió en 2010 y tal vez nunca supo que su recuerdo vivía aún en la Universidad Central de Las Villas.

DE UN TALLER LITERARIO Y DE UNA INFLUENCIA DECISIVA EN MI VIDA

Luis Alfaro Echevarría

Corría la segunda mitad de la década de los setenta y algunos de nosotros, entonces estudiantes con ínfulas de novelistas, poetas y críticos literarios, tuvimos la idea de fundar en la Facultad de Humanidades un taller literario, al cual dimos el nombre del cantante chileno Víctor Jara.

Fui seleccionado para comandar aquella «cuadrilla de locos» que se reunía cada miércoles por la noche en el Departamento de Lingüística Hispánica, y entre cuyos primeros integrantes recuerdo a José Díaz Roque, Juan Francisco de la Paz, Pablo René Estévez, Joel Frank Rosell, José Luis de Armas, Carmen Sotolongo, Andrés Lora, Amelia Roque y Norelys Morales (entonces, periodista del diario *Vanguardia*), acompañados siempre por los profesores Francisco Rodríguez Alemán (Paco), Juan Ramón González Naranjo y Aimée González Bolaños. Con bastante frecuencia, se nos unía un mulato con «espendrún» que filosofaba sobre poética y estética; por aquel entonces lo llamábamos, simplemente, Pedrito, pero muy pronto todos en Cuba empezarían a reconocerlo como el periodista Pedro de la Hoz. Muchas veces compartió también con nosotros el decimista Leoncio Yanes, de quien apreciábamos sus sabrosas anécdotas. Y hasta tuvimos la dicha de tener en alguna tertulia a Onelio Jorge Cardoso, a Samuel Feijóo y a Félix Luis Viera. Entonces, los literatos éramos muy solidarios, y nos creíamos únicos dueños de un universo solo posible de expresar con nuestros poemas, cuentos, noveletas y otros textos que no encajaban frecuentemente en ningún género. Recuerdo que muchos de nosotros éramos excesivamente vallejanos. Con el tiempo, algunos serían muy buenos escritores.

Por aquellos años todo era más fácil: teníamos guagua para viajar cada quince días a otros famosos talleres literarios de Sagua, Remedios, Santa Clara, Caibarién, Camajuaní... En uno de los encuentros con el taller de este último municipio, se me ocurrió leer un poema que tenía un verso realmente ingenuo pero que yo consideraba genial. Cuando leí «Yo sé que la luna es buena hembra», René Batista Moreno me miró como diciendo: «Pero quién es este loco?» Con aquellas lecciones fui perfeccionando mi estilo, y alcancé mis instantes de gloria al ganar dos premios de poesía del concurso literario de Santa Clara, varios en Caibarién, más tarde en Sagua. Y en todos ellos ganaba, de paso, algún dinero. Fue cuando, en broma, un vicerrector nuestro dijo que «Alfaro es un poeta mercenario».

Con el paso de los años, se nos fueron uniendo otras figuras, entre las que se hallaban Bertha Caluff y Jesús David Curbelo. Otros eran «escritores de afuera», como los estudiantes mexicanos Laura Hernández y Alejandro. Hoy día, la primera es una prestigiosa lingüista en México y dirige una editorial dedicada a la lengua y a la literatura. Recuerdo que una noche nos afanamos mucho en preparar el original de un libro que Alejandro se llevaría con él para publicarlo en México. Aquella sesión de arduo trabajo, en el cuarto de unos amigos estudiantes árabes, nos permitió aprender sus prácticas al preparar el té: más dulce para significar amor, menos dulce para la amistad, amargo para la muerte... Cuando llegó la mañana, estábamos mareados de tanto fumar y con tremenda irritación gástrica por mezclar tanto té, pero felices porque íbamos a ser conocidos nada menos que en México. Nunca supimos el destino de aquel libro, pero aprendimos bastante sobre la cultura árabe.

El Taller Literario Víctor Jara llegó a fundar el Concurso Abel Santamaría, muy reconocido por los jóvenes de esta universidad y de otros centros estudiantiles de la provincia. Los textos premiados se reunían y publicaban en forma de libros cuyas páginas varias veces fueron ilustradas por mi hermano Ángel Alfaro, quien se iniciaba como pintor y grabador. Todavía conservo celosamente algunos de aquellos volúmenes, que son también una muestra de las diversas labores editoriales de esta casa de altos estudios.

Pero conservo con mucho cariño, sobre todo, la experiencia de una jornada inolvidable en compañía de Samuel Feijóo. Fue una noche en el parque de Remedios. En la charla que un rato antes había ofrecido, Feijóo acababa de hacer historia. Había defraudado a las señoras de la «alta sociedad» remediana, al hablar menos de literatura y más de amistad, y al servirse de las imágenes de unas «cagarrutas de chiva» para desarrollar ciertas comparaciones. Esperábamos ya la guagua que nos llevaría de vuelta a la Universidad, cuando Feijóo me dijo que hubiese querido conocer más de lingüística, para poder hacer un estudio comparativo riguroso entre el refranero español y el cubano. Debo decir que sus palabras resultaron, para mí, un estímulo decisivo. A partir de aquel momento comencé a desplazar mis intereses de la literatura hacia la lingüística, y empecé a producir otra clase de textos. Hoy me conocen más por los artículos y monografías científicas en el terreno de la lengua, que por aquellos versos estilísticamente cuidados que agradeceré siempre al Taller Literario Víctor Jara y a aquella «cuadrilla de locos» cuyos nombres prestigiaron muy pronto, con una obra sólida y reconocida dentro y fuera de Cuba, el de esta Universidad de Las Villas.

PABLO DÍAZ CUEVAS Y SERGIO SERAFÍN MAYEA

Felipe Lidcay Herrera Isla

Pablo Díaz Cuevas resultó un nombre muy ligado tempranamente a las negociaciones para la creación de una universidad en el centro de la Isla. Pablo (como se conocía a esta extraordinaria persona) fue quien medió en la compra de la finca que fuera punto de partida del actual campus universitario. Provenía de una familia de rica tradición agrícola: él y sus hermanos habían fomentado una finca de una riqueza florística y de una biodiversidad poco frecuente allá por los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado. La finca de los Díaz Cuevas, llamada Victoria y enclavada en el entorno de Oliver, municipio de Placetas, sirvió de fuente de suministro de las primeras plantas para el incipiente Jardín Botánico de la Universidad y es aún fuente de material genético y de propagación, principalmente de especies forestales.

Desde el 1^o de diciembre de 1952, cuando se inician las actividades docentes en la Universidad, Pablo no ocupó el cargo de director de la Escuela de Agronomía, que desempeñara el doctor Agustín Anido, pero el reclamo del estudiantado logró que fuese él quien asumiera dicho puesto, a tal extremo que se le considera su primer director.

El lapso de 1952 a 1956 se caracterizó por los típicos cabildeos de los políticos de entonces, y por la penetración del denominado Punto Cuatro. Ya en el propio año 1956 ocurren diversos hechos en la Universidad; entre ellos, episodios sangrientos de triste recordación, y se interrumpen los estudios por el clima de rebelión en contra de la dictadura batistiana. Pablo en ese período se dedica a su labor de agrónomo, y realiza un trabajo de extensionismo en la provincia de Las

Villas y en otros lugares del país. Introdujo nuevas especies de plantas, propagó tecnologías agrícolas y realizó una encomiable labor de consultoría.

Llega el año 1958. El Che se establece en la Universidad y se propone la toma de Santa Clara. Visita la casa de Pablo, que colindaba con el cruce del tren en la carretera a Camajuaní, escenario de la toma del Tren Blindado, para que le ayudara a evacuar a los vecinos del lugar pues se temía, como sucedió, un ataque de la aviación enemiga. De esa visita nace una relación entre Pablo y el Che, y nuestro profesor sería uno de sus anfitriones habituales en las visitas posteriores que hiciera a la Universidad.

Comienza una nueva etapa en los estudios agronómicos en la UCLV y Pablo asume varias asignaturas, junto con el escaso profesorado que sobrevivió al éxodo que hacia los Estados Unidos tuvo lugar entonces. La personalidad de Pablo pudiera expresarse en varias facetas: el agrónomo, el profesor, el ciudadano...

Pablo el agrónomo tenía una rica experiencia personal heredada de la familia, como antes apuntaba, y a esto sumaba las vivencias de sus viajes a los Estados Unidos, México, Jamaica y otros países del área. Además, sostenía relaciones tanto epistolares como personales con especialistas de todas partes, lo que lo definía como una enciclopedia agrícola en su época. Era el consultor de la incipiente agricultura socialista; ofrecía consejos y sugerencias a los directivos del INRA en la provincia, por lo que visitó muchas veces las nascentes zonas de desarrollo agrario y aportó mucho de su abundante experiencia. Sembró trigo, avena, garbanzos y otras especies de plantas nunca vistas en nuestros suelos. Fomentó viveros de plantas forestales y frutales en las áreas universitarias y en fincas habilitadas para estos fines.

Dueño de un verbo prodigioso, *Pablo el profesor* tenía un estilo muy peculiar para transmitir sus conocimientos. Era su lema que el agrónomo no podía callar ante ninguna interrogante. Siempre tuvo elementos con que responder, y siempre abundantemente. En cierta ocasión, ante el cuestionamiento que un dirigente hiciera por el maltrecho estado en que se hallaba la colección de frutales, le respondió: «Es para enseñarle a los estudiantes cómo no deben cultivarse las

plantas». Impartió cerca de la mitad de las asignaturas del plan de estudio de aquellos años, y se volvió frecuente que al arribar a un aula tuviera que preguntar: «¿Qué asignatura impartí aquí?»

Poco escribió, como docente, de su inmenso caudal de conocimientos; y esa es la razón de que sea tan difícil encontrar documentos publicados bajo su firma: casi no existen. Su mayor regocijo consistía en salir al campo al frente de sus estudiantes y recibir de manos de ellos una planta, ya fuera cultivada o silvestre, e identificarla, no solo con el nombre vulgar sino también con el científico. Laboró hasta pasados los 70 años de edad, cuando rondaba los cincuenta años de ejercicio docente. Por sus méritos académicos, la dirección del Ministerio de Educación Superior le confirió en 1988 el grado de Doctor en Ciencias Agrícolas, y la dirección universitaria lo reconoció en 1997 como Profesor de Mérito.

Afable y servicial: así fue *Pablo el ciudadano*. Mantenía excelentes relaciones tanto con los obreros agrícolas o los empleados de la administración, como con los profesores y alumnos. La sonrisa jocosa y franca formaba parte de su anatomía. Su desinterés por las cosas materiales de la vida lo manifestaba con la muy frecuente donación que hacía de su salario personal para las actividades de la FEU, y para cualquier actividad festiva que se organizaba en la Facultad. Ayudó en incontables ocasiones a estudiantes con necesidades económicas, y es de resaltar que más de uno de ellos logró realizar su matrimonio gracias a las donaciones que él hacía. Su automóvil sirvió para aliviar numerosas situaciones, laborales y personales. Su hogar, situado en las proximidades del Tren Blindado, sirvió para atender solicitudes también de la comunidad de vecinos, que lo respetaba y quería. Fundó una familia, pero designios de la naturaleza no le permitieron dejar descendientes; por esta razón, solía responder siempre: «Yo tengo muchos hijos: mis muchachos de la Universidad».

Su vida transcurrió entre 1913 y 2001. La Facultad de Ciencias Agropecuarias colocó una tarja conmemorativa y plantó una caoba de su finca en los predios universitarios con el fin de perpetuar su nombre y su memoria. Pablo Díaz Cuevas fue todo un fundador.

Sergio Serafín Mayea Silverio resultó el continuador por excelencia. Pilongo de nacimiento desde el 9 de septiembre de 1931, toda la vida de Mayea transcurrió en su natal Santa Clara, desde su niñez y adolescencia hasta su adultez. Cursó en escuelas públicas la primaria, y el bachillerato en el Instituto de Segunda Enseñanza de su ciudad. En 1952 inicia sus estudios de Ingeniero Agrónomo y Perito Químico en la Universidad de La Habana, donde se gradúa en 1956. Comenzó a laborar como químico azucarero en el Central Nela, hoy Aracelio Iglesias en la actual provincia de Sancti Spíritus. En 1959, tras el triunfo de la Revolución, se presenta a ejercicios de oposición para ingresar en el claustro de la Universidad de Las Villas, y obtiene una plaza de profesor en el Departamento de Microbiología, Botánica y Entomología, para impartir 40 horas semanales.

Pronto se vinculó a la organización de la carrera de Agronomía, y ocupó cargos de director de Escuela y vicedecano docente durante varios años. Su memoria prodigiosa le permitía impartir al unísono diversas asignaturas, sin emplear siquiera notas o escritos; con la capacidad que tenía para retomar el tema dejado en la clase anterior con tan solo mencionárselo.

De un tono de voz inconfundible, se sabía dónde y cuándo Mayea impartía clases. Su labor incansable lo hizo convertirse en uno de los principales organizadores de los planes de estudio para la carrera de Agronomía en el país. Fundador de la especialidad de Sanidad Vegetal, tanto en la docencia como en la investigación, fue el primer Doctor en Ciencias Agrícolas y Doctor en Ciencias en esta rama que hubo en el país; ambos grados científicos obtenidos en la desaparecida RDA. Jovial como era, participaba por igual en lides deportivas que culturales. Tuvo también una fina sensibilidad literaria, y en particular hacia la poesía. Lector obsesivo, de vasta cultura, devoraba cuanto texto caía en sus manos.

Amigo de compartir, era la mejor compañía en un club, un cabaret o un teatro. Supo apreciar diversas tendencias musicales, desde el jazz hasta la música de cámara o sinfónica, pero era un pésimo bailarín y cantante: incongruencias que nunca fuimos capaces de explicarnos. Deportista consumado, llegó a competir en México y en Miami en carreras de medio fondo; también esgrimista de talento,

voleibolista y pelotero, ajedrecista de competencia. Fue capaz de conciliar todas estas aficiones con su quehacer docente y científico.

Publicó catorce libros para la Educación Superior y más de cien artículos científicos. Su pasión por la microbiología y la fitopatología lo convirtió en una figura de relevancia nacional. Fue el primer presidente que tuvo el tribunal nacional para los doctorados en Sanidad Vegetal, y miembro de varias organizaciones científicas de la rama agrícola. Recibió importantes condecoraciones y premios, entre ellos la Orden Carlos J. Finlay. Nunca olvidaremos que ganó el premio relevante con sus «pasteles verdes» en el XII Forum Nacional de Ciencia y Técnica.

Sin los nombres de Pablo el fundador y Mayea el continuador, sería impensable una historia de los estudios agronómicos en Cuba, ni podríamos exhibir el nivel tan alto que hoy tenemos en esta área que resulta vital para la economía y la vida de cualquier país.

JESÚS ABREU: CREADOR DE LA «INTERVENCIÓN UNIVERSAL»

Lorgio Batard Martínez

Tuve la dicha de conocer bastante a Jesús Abreu Gutiérrez (†). Fue compañero de trabajo de mi madre en la antigua Escuela del Hogar Rural; luego fuimos compañeros en la enseñanza técnica y, más tarde, en la Universidad, donde laboró hasta jubilarse. De origen humilde, había ejercido en su juventud el oficio de zapatero, pero con esfuerzo y voluntad llegó a ser un reconocido profesor universitario. Sus amigos le llamábamos simplemente El Doctor. Además de por sus grandes valores humanos y meritoria labor académica, sobresalía al amparo de muchas anécdotas que todavía circulan de boca en boca en esta Universidad.

Entre otras, aún mueve a risas aquella del tren fantasma, en noche lluviosa. Sucedió en el cruce ferroviario del Tren Blindado, cuando detuvo su vehículo, y mientras efectuaba el cambio de velocidad, comentó: «Hay que ser cuidadoso. Yo siempre me detengo en firme antes de la línea férrea», y al instante un tren se acercó, con su estruendo característico, y, para asombro de todos, pasó a escasos centímetros del maletero del carro.

En otra ocasión, por un desperfecto imprevisto en los frenos del auto, tuvo que hacer de insólita ambulancia. En plena calle Cuba impactó a un anciano, quien, por suerte, cayó encima del capó y pudo asirse como pudo a los limpiaparabrisas. Perplejo, con el rostro del aterrado viejito frente a su cara, apenas pudo decirle: «Agárrese fuerte, mi viejo, que por esta calle se va directo hacia el Hospital». Como no tenía frenos, por un milagro de la ley de inercia el auto de Abreu se detuvo exactamente a la entrada del cuerpo de guardia, donde tuvieron que sacar al

anciano, ante todo, del shock en que se hallaba. Pero sobrevivió, y hasta pudo relatar muchas veces lo de su viaje en tan singular ambulancia.

Abreu gustaba mucho también de hacer juegos con el lenguaje y sustituir refranes tradicionales por versiones cultas, como aquellas usuales en él de «Aquí existe felino en cautiverio» o «A equino dado en generosa dádiva, no se le practica examen odontológico». Por sus particulares empleos léxicos, algunas personas lo encontraban próximo a los eufemismos. En cierta ocasión, siendo yo aún muy joven, estábamos reunidos cinco o seis profesores en la antigua Escuela Tecnológica de Santa Clara, allá en el Centro Escolar Abel Santamaría, y la conversación giró en torno a un antiguo profesor de Matemáticas que, ascendido a un cargo superior, había cambiado su personalidad, al punto de exhibir una molestísima arrogancia. Abreu toma la palabra y comenta que se había encontrado al profesor en La Habana, y lo había hallado empingorotado. Aquella palabrota actuó como un detonante: detuvo la conversación e hizo que tres profesoras, de avanzada edad, dieran muy claros signos de indignación. Abreu quedó perplejo por la súbita retirada; pero en mi caso, conociendo al Doctor como lo conocía, preferí dirigirme a un diccionario castellano, y allí fue que entendí:

Empingorotado. Adjetivo. Coloquial. Referido a una persona, que tiene una posición social ventajosa, especialmente si presume de ello.

Era un hombre muy culto.

Pero he aquí la más trascendente de todas sus anécdotas. Cuentan que siendo miembro del Buró Universitario Sindical, solía quedarse dormido en muchas de las reuniones de esta organización de masas. Los motivos eran evidentes: ya Abreu tenía más de 60 años de edad, y después de un día de trabajo agotador era muy difícil para él mantener la atención en aquellos encuentros que, por demás, tenían lugar en horas de la noche.

Atribulado por esta problemática, que se hacía cada vez más frecuente, el secretario general del citado Buró aprovechó una ocasión en que nuestro personaje se encontraba profundamente sumido en brazos de Morfeo, para preguntarle con

una voz atronadora, capaz de despertar a un oso polar hibernando: «¡Profesor Abreu...! Dígame: ¿qué usted opina sobre la temática que acabamos de analizar?»

Sin el más mínimo asomo de sorpresa, con una reacción propia de quien no parece haber estado ajeno jamás al debate, el profesor Abreu ofreció, calmoso, la respuesta más genial posible en aquellas condiciones para él imprevistas: «Sobre la base de lo aquí discutido, y a tenor de las condiciones actuales, no cabe duda alguna de que hay que actuar en consecuencia».

De más está decir que en el ámbito universitario esta pasó a ser considerada como la «Intervención Universal», capaz de sacar a cualquiera de nosotros de cualquier apuro y en cualquier clase de reunión en que nos quedemos dormidos.

LA LEYENDA DEL MEJOR OÍDO

Ana Vivian Fernández Peraza
Misael Moya Méndez

Nuestra generación, que cursó estudios universitarios entre 1990 y 1995, en medio de la peor etapa del llamado Período Especial, tuvo en verdad muy pocas alegrías cotidianas, debido a las carencias, incertidumbres, preocupaciones y vivo estrés con que sobrevivíamos al día a día. Para quienes cursábamos carreras vinculadas con la lingüística, como podían serlo Letras y Lengua Inglesa, contar con el doctor Manuel Costa Sánchez (†) entre sus profesores no dejaba de ser uno de los poquísimos goces que sinceramente apreciábamos.

Costa enseñaba Fonética y Fonología, una asignatura relacionada, entre otros muchos elementos, con los problemas articulatorios en el lenguaje; y aquellas conferencias suyas, plenas de ejemplos de pronunciaciões difíciles para nosotros, ofrecían instantes de verdadero solaz, sobre todo cuando se empeñaba en hacernos identificar y remedar fenómenos como la geminación, la nasalización o la velarización; o cuando insistía en aquel famoso ejercicio demostrativo:

—Miren: es así, con una hoja de papel delante de la boca. Observen con atención si la hoja se mueve con estas pronunciaciões. Hay que articular correctamente:

Petaca, bodega, pata, bata.

Petaca, bodega, pata, bata...

Resultábamos un coro tan mal sincronizado, que el estallido de hilaridad no se hacía esperar. Al final, arremetía siempre de la misma manera:

—Gocen, bobitos, gocen. Que yo gozo al final...

En su tiempo libre, gustaba de caminar loma arriba y loma abajo por los campos villareños, jaula en mano, con el oído atento al canto de las distintas aves.

Tenía, probablemente, el don de poder escuchar frecuencias que no todos los seres humanos distinguimos con absoluta precisión. Que una persona con esa rara cualidad se dedicara nada más y nada menos que a la fonética, era una casualidad extraordinaria y favorable para la ciencia.

Por esa razón, nunca dudamos de los relatos que oíamos acerca de la muestra del habla cubana que llevó consigo a la Unión Soviética para doctorarse en lingüística. Cuentan que la llevó íntegramente clasificada; y que una vez allá, en laboratorios especializados de la Universidad de Kiev, le manifestaron que no se ilusionara demasiado, pues cuando los sonidos grabados se sometían a la novedosa técnica de la espectrografía, las clasificaciones cambiaban en un porcentaje altísimo, y con ello los resultados de toda investigación. Sin embargo, para sorpresa de los especialistas soviéticos, en la muestra del profesor cubano Manuel Costa no había errores de clasificación, y todo lo había realizado confiando únicamente en su oído.

Con tales historias a sus espaldas, se ganó el derecho a usar —o a abusar, porque toda razón le asistía— del título de Mejor Oído de Cuba, con que lo fueron poco a poco identificando algunos lingüistas de la capital y del resto de la Isla. Él mismo hizo parte importante del anecdotario que rodea su célebre habilidad.

En el aula de Lengua Inglesa relataba que había heredado el don de su señora madre, de quien decía era analfabeta pero con un oído capaz de identificar si el locutor que hablaba por la radio era un blanco o un negro. En el aula de Letras decía todo lo contrario: que no era un don natural o heredado, sino el resultado del sistemático entrenamiento en que nos quería introducir a todos nosotros, que entonces, inconscientes o inmaduros quizás, no fuimos capaces de valorar en todo su altísimo significado.

Era habitual estar hablando con él en un pasillo de Humanidades y que, de repente, en medio de este jardín botánico lleno de aves canoras que es nuestra Universidad, te dijera sin más: «¡Oye! ¡Un tomeguín del pinar! ¡Y anda cerquitica: no más allá del Comedor Central!» Cerquitica para su oído, pero no para el nuestro.

Y sucedió un día esta anécdota que no podríamos olvidar. En el grupo de Lengua Inglesa teníamos una compañera de estudios oriunda de Encrucijada, o algo más allá, de El Purio. Era dueña de un modo muy peculiar de articular, imperceptible casi, pero diferenciable. Nosotros hasta ese momento ni siquiera éramos conscientes de ello, pero para El Mejor Oído fue suficiente escucharle pronunciar par de palabras en la primera clase que impartió en el grupo. Al instante le dijo:

—Oiga, ¿de dónde es usted? Usted no es de Santa Clara, ¿verdad?

—¿Yo? Figúrese, profesor, ¡qué cosas dice! Cómo no voy a ser de Santa Clara...

—Na. ¡Náa! Usted no es de aquí. Usted viene de una zona rural más al norte.

Y ella, que al parecer quería mortificar al profesor invalidándole la demostración de sus facultades, replicaba que no. Y él insistía. Y ella que no, que estaba equivocado, ¡señor!, que ella era pilonga, de Santa Clara, ¡pilonga! Pero él, que tenía una confianza absoluta en su capacidad, la instaba a declarar sus verdaderos datos biográficos:

—Déjese de cuentos. Usted vivirá hoy en Santa Clara, pero la criaron más lejos...

Nuestra condiscípula no tuvo otra opción que admitir que procedía de aquella norteña zona de la provincia. Y la cara de Costa se volvió toda júbilo, como sucedía siempre con cada nueva victoria, limpiamente conseguida:

—¿Ya ve? ¿No se lo decía yo? Mire que si usted fuera de Santa Clara, ¡yo sería de Júpiter!

Ejercitaba sin descanso su habilidad; de ahí la alta frecuencia con que en sus clases se producían semejantes episodios. Una vez aclarados, retomaba el hilo de sus explicaciones, que podían girar en torno a la vibrante simple, a la sonorización de la *ese* en *rasgo* y *asno*, o a la realización de la *n* como velar en la región central de Cuba. Y ante la mirada incrédula de todos nosotros, sus alumnos, daba fin a su clase reiterando casi siempre la misma recomendación:

—¡Ah! ¿No me creen? Miren: esto es así no porque yo lo diga, sino porque lo escribieron Los Que Saben. Busquen en los libros y estudien por Los Que Saben.

Para la clase de hoy: revista *Is/as* número 86. Todo esto está ahí clarito, clarito, en el artículo de uno de Los Que Saben.

LA LEYENDA DE UN ROLLS-ROYCE PHANTOM

**Reinaldo Martínez
Víctor Samuel Ocaña
Misael Moya
Fernando Echerri**

Este relato puede comenzar de dos maneras distintas. Uno de los comienzos diría que conducido por quien fuera decano de la Facultad de Mecánica —o por alguien que tuvo que conducirlo, pues tener, tiene de todo un poco, menos piloto automático— y tras un viaje no muy prolongado que empezara en el kilómetro cero de la Carretera Central, allá por 1959 arriba a la Universidad de Las Villas un singular visitante, con cierto toque de extravagancia, que ganaría a la postre su derecho a la residencia en la institución, y al que se diera cédula de identidad propia: el número de inventario 640439, por el que periódicamente se le pasa revista. Tratábase de un automóvil de mucho donaire: un Rolls-Royce del tipo NP, construido en la lejana fecha de 1927.

El otro de los comienzos diría, tajante, que en la fecha en cuestión apareció el vetusto vehículo, conducido por un alto moreno que lo detuvo a la entrada de la Universidad, subió a otro automóvil que lo escoltaba y, desde su ventanilla, llamó al agente de protección que estaba de guardia, Acosta, al que expresó así de lacónico y de sugerente, con mayúscula bien pronunciada y todo: «Ahí les dejo Esto», y tras un giro de trescientos sesenta grados volvió por donde había venido, contento de inaugurar, así de fácil, esa larga cadena de imprecisiones que nunca nadie pretenderá esclarecer, porque conviene preservar la aureola de misterio que acompaña a esta leyenda urbana.

De magnate en magnate, la figura de su propietario real se ha desdibujado en el imaginario colectivo. Hay quien sostiene que era el auto de Marta Abreu Arencibia,

benefactora de Santa Clara, con cuyo nombre se honra la Universidad misma; pero olvidan no solo que la muerte de la filántropa acontece mucho antes de la fabricación de este modelo específico, sino también las posibilidades relativas que tan ilustre dama, fallecida en París en enero de 1909, tuvo de haber montado siquiera en algún Silver Ghost, primer modelo que la marca inglesa Rolls-Royce produjera en serie, a partir de 1906. Otros, vocingleros, sostienen con energía que el automóvil perteneció a la hija de Orfelio Ramos, propietario del Gran Hotel Santa Clara Hilton: ese edificio de once pisos de altura y profundo sótano, que en su momento resultó la más alta construcción del país fuera de la capital: el actual Santa Clara Libre. Por su parte, la facción de «los mejor enterados», que así se defienden y parecen serlo en verdad, sostienen que le perteneció a Blanquita Maruri, esposa del senador Alfredo Hornedo, dueño del periódico *El País* y de numerosos inmuebles en la capital habanera, entre ellos el Teatro Blanquita (así llamado en honor de su difunta esposa): actual Karl Marx... Verdades y mentiras se mezclan en una trama que ha pasado a ser ya folclor.

Hábiles «comunicadores sociales» que en otros tiempos llamaríamos charlatanes, dicen llevar la cuenta de los rectores de la Universidad de Las Villas que realizaron al menos una visita de cortesía al Más Anciano del Campus, en aquel Santuario de la Tecnología que le sirve de asilo. Pero son tantas las versiones inconciliables, y existe tanta disparidad de criterios, que no es posible al cabo de tantas décadas rescatar una cronología fiable, ni determinar con certeza si ha sido o no tradicional la pregunta: «¿Qué hacer contigo?»

Con el tiempo, le han surgido compradores de todas partes del mundo, y lo han querido cambiar por dos autos nuevos, modernos; y han pretendido llevárselo para un museo, distante, como si no tuviera valor sentimental alguno ni fuera patrimonio moral de esta casa de estudios.

Su duermevela apacible, que ya pasa de medio siglo, transcurre en un salón de los bajos de la Facultad de Mecánica. Apático a su propia historia, con su motor de seis cilindros en línea y sus cuarenta y dos caballos de fuerza, sabe que es un modelo sin parangón, al que a lo sumo se asemeja un ejemplar que fuera propiedad

de cierto príncipe de Nepal y que hoy exhiben los ingleses en uno de sus museos. Como toda leyenda, cada cierto tiempo vuelve a conquistar la atención de los más jóvenes o de los más viejos, o se deja retratar por algún investigador o periodista que le hace una visita de médico.

En el año de su fabricación, solo se confeccionaron Rolls-Royce del tipo Phantom I, y como no hallamos datos que precisen algo más su linaje, sospechamos que se trata de un rarísimo ejemplar de tan «fantasmal» modelo.

El avance inexorable del tiempo ya le ha hecho perder sus cuatro gomas de rin 21, pero está a salvo del sol y de la lluvia, y aguarda pacientemente al día en que lo destinen al sitio especial que merece. Tal vez entonces nos guiñe el ojo de alguna de sus farolas y nos regale, entre los brillos de sus relucientes cromos y el verdeazul y el negro nuevamente lustrados, el sonoro estornudo de su tubo de escape.

REALIDAD Y LEYENDA DE UN CENTRALITO

Ángel Rubio González

En el campus de la Universidad de Las Villas hay un central azucarero. Por raro que esto parezca, «es una verdad tan grande como un capitolio», aunque en este caso la frase debería decir que «es una verdad tan grande como un ingenio», pues muele caña, produce azúcar, ha formado técnicos e ingenieros, y algunas veces, cuando concluye la molienda del año, hace sonar tan alto el silbato que no deja dar clases en un kilómetro a la redonda...

Su leyenda comienza: «Érase un ingenio emigrante que mudó de lugar pero también de nombre...», y no es falso este inicio. La realidad nos lleva al 6 de diciembre de 1960, cuando el doctor Silvio de la Torre Grovas, en funciones de rector, recibió a nombre de la Universidad de Las Villas, por escritura pública de compraventa formalizada con el señor Francisco Delgado Cárdenas, los equipos que integraban las instalaciones del que fuera Central Elvira (departamento de molinos, conductores de caña y casa de calderas). Todo por el precio de quince mil pesos moneda nacional.

No se trataba de un capricho universitario. Al triunfar la Revolución, el país se había entregado a la tarea de preparar técnicos y científicos que desarrollaran las industrias fundamentales, y la producción de azúcar era prioridad uno. Meses antes de esta transacción, profesores y alumnos se habían planteado ya la necesidad de montar una pequeña planta azucarera en esta casa de altos estudios que tenía entre sus carreras fundadoras la de Perito Químico Azucarero.

Los mecánicos José y Rafael García desmontaron el central recién adquirido y el ingeniero José Manzanillo Sorzano dirigió su instalación en las proximidades de

la Facultad de Tecnología, así como su revisión, asistido por los ayudantes Adalberto Castellanos Páez y Orestes Rodríguez Álvarez.

En sus inicios, solo se le pensaba utilizar con fines docentes, pero enseguida aparecieron las ideas para que fuera una planta experimental, un verdadero modelo de sistema clásico de producción, si bien electrificado en gran parte e instrumentado en la medida de lo posible. Así, con el financiamiento de ochenta y cinco mil pesos moneda nacional, que para la primera fase entregara el primer ministro del Gobierno Revolucionario, Fidel Castro, surgió la Planta Piloto Azucarera José Martí, que es el nombre real de la instalación que familiarmente conocemos como El Centralito: una de las instituciones más emblemáticas de nuestra Universidad.

Pero a esta obra en construcción se sumarían muy pronto otras instituciones universitarias de nueva creación. En 1963, el Centro de Investigaciones Tecnológicas del Azúcar y sus Derivados (CITADE), creado a propuesta de la Facultad de Tecnología (en particular, de la Escuela de Ingeniería Química), y el Centro de Investigaciones Agropecuarias (CIAP), iniciativa de la Facultad de Ciencias Agropecuarias, que, bajo los influjos del impulso que se daba en el país al desarrollo en esta esfera, dirigió parte de su actividad científica a la caña de azúcar; particularmente a sus variedades, fertilización, herbicidas y métodos de cultivo.

Al año siguiente, en 1964, mediante un convenio con el MINAZ, se crea la Estación Experimental Provincial de la Caña de Azúcar (Finca San Bernardo), en el central azucarero Unidad Proletaria, antes conocido como El Purio; a la que poco después se anexan dos subestaciones que habían pertenecido a la Universidad de La Habana: una en el municipio de Santo Domingo y otra en Aguada de Pasajeros.

Este conjunto de instituciones cerraría un interesante circuito científico y docente que abarcó agricultura, tecnología y laboratorio azucarero. Todo esto, más ciertos recursos humanos de otras facultades, propiciaron un nivel tan alto en esta área del conocimiento y la tecnología que se nos llegó a conocer como la «Universidad Azucarera de Cuba».

Hay que decir que la inauguración oficial del Centralito se produce con la arrancada de su primera molienda, o sea, el día en que comienza su primera zafra. Esto ocurrió el 28 de enero de 1965 y devino el homenaje de la Universidad de Las Villas al Héroe Nacional José Martí en la efeméride de su natalicio.

Ya funcionando el sistema creado, en el Centralito se llevaban a cabo investigaciones relativas a evaluación industrial de variedades, pruebas a escala piloto de nuevas tecnologías industriales de azúcar y derivados, así como trabajos propios del laboratorio azucarero. Allí se cerraban los ciclos a escala piloto de las investigaciones del CITADE, el CIAP y otras áreas universitarias, así como las del propio MINAZ. Este organismo fue el encargado de definir las investigaciones de carácter tecnológico; mientras que las de carácter agrícola las definía el Equipo Técnico Agrícola del INRA, conformado por el Instituto de Investigaciones de la Caña de Azúcar, la Academia de Ciencias, la Universidad de La Habana y la Facultad de Ciencias Agropecuarias de esta Universidad Central de Las Villas. En el orden académico, la formación de los futuros profesionales se veía notablemente reforzada, pues se desarrollaba al calor de los procesos productivos e investigativos.

En 1966, como parte de la ampliación del perfil azucarero de la Universidad y a solicitud del MINAZ, se da inicio al Curso de Técnicos Medios en Maquinaria Azucarera. Los graduados de este programa tuvieron un desempeño significativo, pues ocuparon en muchos casos las funciones de Jefes de Maquinaria en ingenios de todo el país. Y por supuesto que durante su formación contribuían al trabajo del Centralito.

En el marco de toda esta experiencia estratégica, en 1968 se produce en esta Universidad la XXXVIII Conferencia Internacional de la histórica Asociación de Técnicos Azucareros de Cuba (ATAC), fundada en 1927. Esta decisión constituyó un reconocimiento de los aportes de nuestro centro y del liderazgo que iba alcanzando en el campo científico azucarero nacional. En la Conferencia se presentaron varios trabajos de autores villareños.

En aquellos primeros años de la construcción de la Planta Piloto, el comandante en jefe Fidel Castro visitó la instalación y, tras valorar sus

perspectivas, asignó otra importante suma de aproximadamente un millón de pesos moneda nacional, así como dos ómnibus, una motocicleta y una camioneta.

Creo que fue durante aquella visita que se produjo la anécdota en que le aguantan las manos al Chino, un obrero así apodado que tenía la costumbre de tocar e incluso empujar a la persona con la que estuviera conversando: era un comportamiento compulsivo que él no podía dominar. Sucedió que, en cierto momento, Fidel le hace una pregunta. Por supuesto que antes de responder, lo primero que hizo el Chino fue tocar y empujar a Fidel, ante lo cual los escoltas deciden que podía seguir hablando, pero con las manos aguantadas por ellos; situación verdaderamente graciosa que ninguno de los testigos ha podido olvidar.

Una vez completadas las obras, la Planta quedó constituida por las áreas siguientes: recepción de caña y molienda, clarificación, casa de calderas, generación de vapor y taller de mantenimiento. En las primeras zafras se operó con una caldera de petróleo para generar el vapor; el bagazo se empacaba y enviaba a un central para ser empleado como combustible.

Ya el Centralito era una realidad integrada al entorno visual y social universitario, y en sólida relación con diversas carreras en cuyos procesos formativos ha tenido trascendental importancia.

De estas relaciones nacen anécdotas como la de la escuadra redonda. Ha sido típico de los obreros gastar bromas a los jóvenes aprendices o a los estudiantes que desarrollan sus prácticas preprofesionales. En cierta ocasión, incorporaron un grupo de alumnos de Ingeniería Mecánica a un proceso de reparaciones. A uno de los muchachos lo ubicaron como ayudante del mecánico de molinos, un jocosos oriental llamado Pablo, y a una de las muchachas en el pañol de herramientas. En cierto momento, Pablo, para hacer una jarana al muchacho, le dice: «Búscame en el pañol una escuadra redonda», y el estudiante parte velozmente, decidido a cumplir la orden. Una vez allí le pide a su compañera de aula una escuadra redonda. El estudiante demora en su gestión y Pablo, en compañía de otros obreros, aguarda impaciente su regreso. Cuando al fin vuelve, le dice: «Mi compañera en el pañol no

sabe nada de mecánica. Me ha dicho que las escuadras redondas no existen». Todos rieron a carcajadas...

Debo apuntar que el Centralito se mantuvo activo en las zafras de 1966-67 y 1967-68, pero en lo sucesivo alternó períodos de actividad e inactividad.

A finales de la década de los noventa del siglo pasado y principios del actual, tuvo su última etapa activa. El 27 de junio de 1992 se había fundado el Centro de Estudios de Termoenergética Azucarera (CETA) en la Facultad de Ingeniería Mecánica, y se solicitó que el Centralito, que pertenecía a la entonces Facultad de Química-Farmacia y estaba inactivo desde hacía varios años, pasara al CETA, traspaso que se aprobó. El objetivo era realizar en él investigaciones energéticas, pero para ello resultaba imprescindible efectuar zafras. Su reparación, puesta en marcha y sostenimiento de las zafras reclamaban una gran cantidad de dinero de la que no se disponía.

Surge así la idea de producir azúcar orgánica: un producto de alto valor en el mercado internacional. La solución financiera se encontró en un préstamo de cien mil dólares (concedido por la empresa alemana Elkerhausen, a la que se pagaría con el producto mismo), un proyecto CITMA para la moneda nacional y un aporte del MINAZ que se concretaría mediante el otorgamiento de capacidades de compra en empresas propias y externas. La certificación del producto le fue contratada a ECOCERT Internacional.

El proyecto se llevó a cabo y resultó un éxito. Fue así que la Universidad de Las Villas exportó azúcar orgánica a Alemania.

Debo explicar que para la mencionada producción, el Centralito tuvo que desistir del empleo de la caldera de petróleo, y generar el vapor en una que utilizaba bagazo como combustible. En los ingenios se opera con este tipo de calderas, de manera que todas las mujeres saben que durante la molienda suele llover bagacillo sobre las casas del batey (esos residuos volátiles de bagazo no completamente quemado, en forma de cenizas), pero las mujeres del Reparto Universitario, próximo al Centralito, nada sabían al respecto; no eran dueñas de lo que podríamos denominar una cultura del azúcar. Y cuando empezó a llover

bagacillo sobre los tejados de sus viviendas, fueron a dar con sus protestas hasta el mismísimo Gobierno. Esto obligó a construir ciclones para limpiar los gases, lo que de hecho resultó otro importante adelanto tecnológico introducido en la Planta Piloto, que operó durante varios años, hasta la zafra de 2003.

Luego se decidió no continuar con la producción de azúcar orgánica; y la tecnología desarrollada y las experiencias adquiridas fueron transferidas al central Carlos Baliño, que desde esa fecha se ha mantenido como el único productor cubano de azúcar orgánica. Desde entonces, las maquinarias del entrañable Centralito no han vuelto a girar, y su silbato ha guardado religioso silencio.

LA MEMORABLE ACTUACIÓN DE *BOS TAURUS* EN EL TEATRO

Felipe Lidcay Herrera Isla

Corrían las elecciones de la FEU en 1967 y era costumbre que cada facultad hiciera la promoción a su manera; como es natural, con los recursos que cada una tenía a mano. Fuera de la jurisdicción de alguna facultad en específico, el teatro universitario era una suerte de usufructo, un bien comunitario de uso colectivo, que ofrecía perspectivas ilimitadas para toda clase de iniciativas. Por aquel escenario habían pasado ya notables figuras de la cultura de la época, pero como institución reciente que era, aún estaba por ofrecer sus mejores y más recordados momentos.

Advertidas sus muchas posibilidades, los estudiantes de Agronomía decidieron utilizarlo en lo que devendría una actuación histórica. Al libreto, fruto de la labor de muy jóvenes, entusiastas, pero inexpertos dramaturgos, en verdad solo podría criticársele el haber dejado un margen demasiado amplio a la espontaneidad y la improvisación de la actriz principal, protagonista absoluta de la ocasión.

Se eligió un día de aforo completo. En el teatro se desarrollaba una importante asamblea de trabajadores. De repente, se abre la puerta principal y, rodeada de varios actores secundarios, aparece la estrella...

Del reino *Animalia*, dominio *Chordata*, clase *Mammalia*, orden *Artiodactyla*, familia *Bovidae*, subfamilia *Bovinae*, género *Bos*, especie *Bos taurus*, aquel maravilloso ejemplar, hembra soberbia, de buena presencia y acompasado andar, atraviesa el pasillo que va de las puertas del portal al foso de los músicos, y sube orgullosa por la escalera lateral, directa al centro más iluminado del escenario.

Se presta para una demostración de artes y técnicas veterinarias, pero molesta por la falta de discreción con que le han aplicado así, tan públicamente, aquel raro e incómodo artefacto al que oye llamar *espéculo*, deposita sobre el barnizado tablado lo que podríamos catalogar como una soberbia y bien servida muestra de indignación, inolvidable para su público, que la aclama y le silba, pero mucho más para quien dirigía entonces el teatro universitario: nuestra querida Irma de la Vega, que no nos perdonó nunca aquel acto final de la obra.

EL CASO DEL MUERTO QUE NUNCA LO ESTUVO

Néstor Guillermo del Prado Arza

En 1970, poco después de la Zafra de los Diez Millones, la dirección del país se entregó al fortalecimiento de las organizaciones de masas, y en particular de las estudiantiles. Así surge la FEEM y se decide separar orgánicamente la UJC de la FEU, fusión que se había producido tres años antes. Para saludar las elecciones, la renacida FEU promovió un amplio movimiento de iniciativas, en las que se desataron la creatividad y el júbilo en las tres universidades de entonces y en el recién creado Centro Universitario de Camagüey. Tengo en mente, ahora mismo, episodios fantásticos acaecidos en las universidades de La Habana y Oriente. En la primera de ellas, tras el voto directo y secreto de más de catorce mil estudiantes, llegué a ser elegido presidente de la FEU.

Pero no cabe dudas acerca de que el episodio más relevante —por no decir que escandaloso— fue el de la FEU de la Universidad Central de Las Villas, en que simularon, con premeditada perfección propia de profesionales, la muerte de uno de los candidatos a la presidencia de la organización; me refiero a Ramón Goizueta Domínguez, que era estudiante de la Facultad de Ciencias. No fui testigo presencial de aquel acontecimiento, pero razones que más adelante explicaré, me hicieron investigarlo. Conversé con el ya fallecido Tony Castro, ex presidente de la UJC-FEU en la villareña casa de altos estudios; también con el entonces rector, doctor Benito Pérez Maza —con quien además intercambié recuerdos y opiniones al respecto de esta crónica—, y con algunos otros funcionarios. Con el doctor Eustaquio (*Bebó*) Remedios de los Cuetos, entonces vicerrector docente (más tarde sería también rector), nunca pude sostener una conversación fluida acerca de este asunto, y aun

después de muchos años de su período en la Universidad Central, me insistía en que no se lo recordara.

En Las Villas se habían estado realizando actividades en las que advertíamos una entusiasta emulación interfacultades, pero la temperatura de las iniciativas había ido subiendo hasta niveles de atrevimiento. Ya para entonces, un personaje disfrazado de Fantomas se había aparecido en el comedor universitario y había empezado a disparar balas de salva. Hubo gente desmayada y, en el clímax del suceso, algunos estudiantes sacaron unos carteles que saludaban las elecciones de la FEU. En otro episodio, valiéndose del vínculo ya establecido entre el raro descenso de un helicóptero en el campus universitario y la grata visita de Fidel, y aprovechando la promesa que él hiciera en su anterior visita de volver pronto, consiguieron que un helicóptero de la DAAFAR sobrevolara el campus para llamar la atención y aterrizara cerca del teatro universitario. Tras la rápida y espontánea concentración de miles de estudiantes y profesores, que se aprestaban a recibirlo, y para sorpresa de todos, detrás de un escolta vestido de verdeolivo, descendieron del helicóptero estudiantes de la Facultad de Agronomía, quienes desplegaron una gran tela que saludaba las elecciones... Tremendo fiasco para las autoridades universitarias allí reunidas, sobre todo para el Bebo, pues Benito dice haber tenido sus sospechas.

Con tales antecedentes, comenzó a gestarse lo insólito. Un estudiante amigo de Ramón Goizueta, llamado Teófilo y apodado *Pluto*, fue quien concibió y dirigió la operación. Desarrolló el cuidadoso plan de un supuesto accidente automovilístico en el que viajaban Ramón y su esposa, y hay que admitir que tuvo en cuenta hasta los más mínimos detalles. De hecho, la supuesta viuda llegó a simular que había sobrevivido a la tragedia, pero no sin heridas. Un emisario conversó con la madre de Ramón para evitar que la familia creyera la noticia, en caso de que la prensa se hiciera eco y la divulgara. Convencieron a un médico del hospital de Santa Clara para que firmara un certificado de defunción en el que hiciera constar —¡además!— que había muerto carbonizado, y así evadir el obstáculo de tener que velarlo con el féretro descubierto.

Ramón se encontraba en Santa Clara, en la casa de uno de sus condiscípulos (circunstancia que explica su tardía incorporación a los sucesos y sus dificultades para mantener el control).

Pluto ya había logrado que lo velaran en el edificio de la Biblioteca General —a la sazón, una suerte de aula magna en la UCLV—, que estudiantes y profesores le estuvieran haciendo guardia de honor, que la esposa estuviese al lado de «su cadáver», llorando desconsoladamente y con heridas inventadas, todo lo cual impregnaba el ambiente de un profundo dramatismo.

Ajeno a lo que realmente ocurría, Ramón había advertido antes a otros de sus compañeros que aquello podría sobrepasar los límites y acarrear incalculables consecuencias, mucho más porque se hallaba el ministro de Educación, Belarmino Castilla, de recorrido por el territorio en compañía del primer secretario del Partido en la provincia, Arnaldo Milián. Así, había pedido que, dado algún caso extremo, suspendieran las acciones y declararan su real carácter. Pero allá en la Universidad el apodado Pluto se defendía: «Ahora es que esto se está poniendo bueno. ¡Ya un viceministro le hizo guardia y es posible que venga también a hacérsela el mismito ministro de Educación!»

Hubo una decisión lamentable: cubrir el féretro con la enseña nacional. Al cabo, esto resultó ser una de las principales causas para las sanciones que a la postre fueron impuestas. Ciertamente, fue un mandato de la propia dirección universitaria ante el serio carácter del acontecimiento, pero también el punto en que los estudiantes, tras haber perdido el control de los eventos, debieron haber confesado su naturaleza. Y no lo hicieron.

Me informaron que tanto Tony Castro como Bebo Remedios, que cargaron el féretro junto a Benito hasta la Biblioteca, no sospecharon del poco peso, ya que se trataba de un cadáver carbonizado y libre de fluidos. Más tarde supe que Benito había tenido alguna que otra vacilación, pues creyó percibir dentro de la caja algo así como un ligero movimiento de objetos difíciles de identificar.

A La Habana llegó la noticia, que se había divulgado también por la radio de la provincia. En la UCLV había gran consternación, pues «Ramoncito» había sido un

líder muy querido por los estudiantes. El ambiente era de luto y de una solemnidad tremenda.

Mientras, en Santa Clara, cansado de esperar a que lo fueran a recoger, como se había acordado, y al ver que el tiempo avanzaba sin recibir informes, Ramón resuelve salir por sus propios medios rumbo a la Universidad. Allí descubre el alcance de la «iniciativa» y, en contra de su voluntad, es arrastrado por el entusiasmo final de sus amigos de estudio.

Era ya de noche y se siente una bulla en las proximidades de la Biblioteca. Benito indica a Bebo que se adelante para evitar alguna situación desagradable, pues había que ver cómo estaba sufriendo la mujer de Ramón...

Dicen que al acercarse al tumulto estudiantil, Bebo se indigna al reconocer que en medio de aquello, que era nada más y nada menos que una bullanguera conga, venía Ramón Goizueta, vivito y coleando, en los hombros de uno de sus compañeros.

De inmediato se hacen las comprobaciones. Todo no era más que una broma estudiantil que había sobrepasado los límites de lo permisible. Se produce una tremenda repulsa por parte de los presentes, y el rector, a viva voz, convoca a una asamblea inmediata en el teatro para analizar lo sucedido y para determinar medidas disciplinarias.

Con el teatro repleto, Benito argumenta lo inaceptable de tal broma, que no podía quedar impune, a lo que varios presentes dieron muestras de aprobación, con opiniones breves que también sugerían algunas sanciones.

Supe que Teófilo no quiso hablar, y que Ramón, con voz muy baja, manifestó que lo único que lamentaba en aquel instante era que la farsa no fuera una realidad; en otras palabras: prefería estar verdaderamente muerto. Era tal su vergüenza.

El rector anunció la sanción, más tarde formalizada por medio de una resolución rectoral. Quedaban expulsados de la universidad los dos implicados directos, con la aclaración de que Goizueta, en correspondencia con su

arrepentimiento sincero y según resultara su futuro comportamiento, podría reingresar al centro.

Es importante destacar que, al final de una reunión que duró casi tres horas, la decisión del rector fue aclamada por los cientos de estudiantes y profesores allí congregados.

Poco después, una noche en que participaba yo en una reunión del buró de la FEU de la Universidad de La Habana, me llama el capitán Mendoza, entonces director del periódico *Granma*, para pedirme que pasara más tarde por su oficina. Como a las once llegué y, para sorpresa mía, allí me estaba esperando Celia Sánchez, con el propósito de que yo le explicara lo sucedido en la Universidad de Las Villas y que le diera mi opinión personal sobre las medidas aplicadas a Teófilo y a Ramón. Debo aclarar que en ese momento todavía no era yo presidente nacional de la FEU, y le dije que era mejor que conversara con algún miembro del Buró Nacional de la UJC. Pero ella insistió. Le pedí entonces que me permitiera indagar sobre lo sucedido, para luego darle mi opinión sobre bases objetivas.

Unos días más tarde, volví a la oficina de Mendoza y le comuniqué a Celia los resultados de mi investigación. Recuerdo que Mendoza, con su acostumbrada sagacidad y su característico hablar pausado, me dijo que lo de la bandera había sido algo muy grave.

Celia me preguntó si Jesús Montané —que entonces fungía como organizador del Comité Central del Partido— estaba al tanto de la decisión, y le respondí que sí.

Le hice notar que de rectificarse las sanciones, no quedaría otra opción que sustituir al rector, pues perdería toda autoridad moral. Además, asumí la responsabilidad de respaldar las decisiones que habían tomado las autoridades universitarias, que consideré justas y advertí que contaban con el apoyo de los estudiantes. Tal vez así evitábamos que se llevaran a la práctica iniciativas de peores consecuencias. Expresé que mi mayor preocupación era que ambos compañeros pudieran reingresar posteriormente a la universidad; sobre todo Ramón, que había reconocido el error cometido y merecía ser perdonado.

Tiempo después supe que aquellas indagaciones de Celia respondían a una indicación de Fidel, que estaba preocupado por el futuro de los dos muchachos.

Actualmente, de Teófilo no tengo información; de Ramón, supe que reingresó en su universidad, que se graduó y alcanzó resultados sobresalientes en el Centro de Bioactivos Químicos. El editor del libro me cuenta más. Dice que allí descubrió la ruta de síntesis del G-1, un compuesto químico de amplio espectro en la industria, de cuya patente es dueña la institución y por el que merecieron una medalla de oro como premio internacional. Dice que está jubilado por razones de salud.

A finales de 1972, en una conversación informal con la entrañable Celia durante la preparación de la visita del presidente Salvador Allende a nuestro país, me dijo lo que ella y Fidel habían conversado sobre la broma estudiantil organizada por Teófilo, de cuyo contenido no hablaré ahora, pero puedo asegurar a todos que demostraba la capacidad de análisis, la grandeza revolucionaria y el sentido del humor tanto de Celia como de Fidel.

Aprovecho esta oportunidad para dejar constancia de mis gratos recuerdos de aquellos tiempos en que tanto me relacioné con la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas, y el respeto que hasta hoy siento por esta institución, de tanto prestigio, en la que jamás segregaron las ciencias sociales y humanísticas, naturales y exactas de la tecnología, y en la que tal vez había dejado mucho de su informal espíritu y jaranero carácter, ese incansable folclorista y editor grande que fuera Samuel Feijóo.

EL SUSTO DE CARUCA: UNA SECUELA DEL MUERTO QUE SE FUE DE RUMBA

Eberto Morgado Morales

En el anecdotario de nuestra Universidad, mucho se recuerda la broma del muerto que se fue de rumba. Yo mismo le hice guardia de honor, junto a Gonzalo Palencia, que era entonces decano de la Facultad de Ciencias. Y quedamos igual de impactados cuando apareciera la arrolladora conga que entonaba, a todo pulmón, los versos:

*Caballeros, ¡esto le zumba!
estaban llorando al muerto
y el muerto se fue de rumba.*

Pero muy poco se recuerda o se conoce lo que, concluidos aquellos eventos que ocuparon una larga jornada nocturna, le ocurrió al amanecer del siguiente día a una humilde trabajadora de nuestra Biblioteca: la compañera que siempre la abría, muy temprano en la mañana. Tras el desenlace de los acontecimientos, a la Biblioteca General, que fuera sede del inusitado velorio, no se le había devuelto todavía su natural imagen de casa de estudio y de lecturas. Esa compañera, nombrada Caridad Pardo y conocida por Caruca, que se ocupaba de la limpieza de los amplios salones del edificio, se había ido por la tarde, antes de que llegara la infausta noticia del «fallecimiento» del joven universitario. Al hacer su entrada, su primera sorpresa fue no ver las mesas y sillas que normalmente llenan el gran salón. Y al avanzar hacia la parte de atrás se encontró de pronto, en medio de aquel gran silencio y la semioscuridad que todavía reinaba en el lugar, con un féretro rodeado de candelabros, como había quedado al descubrirse el falso carácter de aquel funeral. Fue grande el susto de Caruca, que echó a correr despavorida. Y si

fue grande el susto, también lo fue la carrera, que la llevó hasta el comedor universitario. Allí, uno de los choferes del centro, acostumbrado a bromear con ella, le dijo: «Oye, Caruca, ¿te enteraste? Anoche estuvieron velando a un muerto allí en la Biblioteca». A lo que la buena mujer respondió, todavía jadeante: «¡Sí, y dejaron al muerto solo con la Biblioteca cerrada. Y yo para allá no vuelvo hasta que llegue Chicho Torres,* que es el director!»

Han pasado los años y aún los hechos mueven a risa, pero vale recordar aquellos episodios de hace ya algunas décadas, porque demuestran a los más jóvenes de estos tiempos cómo era de candente la rivalidad en la emulación entre las facultades, y cómo al entusiasmo conviene siempre saber ponerle riendas para no sobrepasar los límites.

* Jacinto Torres, compañero de amplia trayectoria, ya fallecido, que fue director de nuestra Biblioteca General, cuadro del Partido y dirigente sindical. Caridad Pardo falleció en el año 2000. (N. del A.)

CRÓNICA DE UN SECUESTRO ANUNCIADO

Pablo René Estévez

Ocurrió tal vez en 1972, o en alguno de aquellos años en que era yo secretario de la UJC en la Facultad de Humanidades; exactamente, un día en que estaba programada la Asamblea de Balance y/o Ratificación de Mandatos en la Universidad. Ese día, al calor de la emulación, el Comité de Base trató de sorprender a la comunidad universitaria con una de esas actividades osadas que eran frecuentes en ocasiones tan especiales. Así pues, siendo la Facultad una de las más pequeñas y con pocos militantes, se nos ocurrió nada menos que «secuestrar» a Jaime Crombet: a la sazón, primer secretario del Comité Nacional de la UJC, cuya visita se había anunciado.

De acuerdo con el plan, el secuestro tendría lugar antes del arribo de la comitiva a la Universidad, y lo realizarían dos de nuestras jóvenes y hermosas militantes, encargadas ellas de «convencerlo» para que no recusara. Al final —debido, sobre todo, a tristes experiencias del pasado—, se autorizó un «secuestro» dentro del campus universitario.

Más o menos una hora antes de empezar la asamblea, anuncié con bombos y platillos el «secuestro» y ofrecí un *cake* al osado u osada que encontrara el escondite. Auxiliado por las militantes, Jaime había accedido, cortésmente, a esconderse detrás de un buró en el decanato de la Facultad. Allí fue encontrado, al cabo de intensas búsquedas por la universidad, y hubo que hacer entrega del obsequio a los ganadores.

Años después, tuve el privilegio de «coger botella» con él en la Avenida de Rancho Boyeros, en la capital. A mi mente vino, irremediable, esta anécdota, pero no tuve valor para recordársela, en medio de las inusuales circunstancias en que

nos encontramos por segunda vez, a pesar de un detalle importante que nos había revelado su sensibilidad y compromiso como dirigente, y es que aquel día, oculto detrás de un buró de Humanidades, no dejaba de preguntar sobre el número de militantes ni de aconsejarnos, imperturbable, que todavía necesitábamos crecer...

UNA BODA POR LA UNIDAD UNIVERSITARIA

Carmen Guerra Díaz

La década de los setenta trajo nuevos retos para la Facultad de Humanidades con el inicio de dos carreras universitarias en cursos regulares diurnos: las licenciaturas en Historia y en Derecho, que se sumarían a la ya existente de Filología.

Los vínculos de nuestra Universidad con los estudios de Derecho habían comenzado un poco antes, con la utilización de los locales de la citada Facultad para desarrollar los cursos para trabajadores, por encuentros los fines de semana, que la Universidad de La Habana impartía en la entonces provincia de Las Villas, con la colaboración de juristas del territorio.

La necesidad de organizar esta carrera en los cursos regulares y continuar los cursos para trabajadores, llevó a la decisión de que la UCLV asumiera esa responsabilidad. Ello supuso un gran esfuerzo institucional cuyo resultado fue la creación del Departamento de Derecho, adscrito a la Facultad de Humanidades, que pasaba a tener, entonces, tres carreras.

Para dirigir el nuevo departamento docente se nombró a la doctora Gloria Vega, prestigiosa jurista y educadora, quien, junto a su esposo, el también destacado jurista, doctor Oscar Loyola, trasladó su hogar familiar de Sagua la Grande a Santa Clara, para llevar adelante esa compleja responsabilidad académica.

Mucho podría relatarse de esos difíciles comienzos de la carrera de Derecho en el acontecer universitario, como experiencia única e imborrable de todos aquellos que de una u otra forma participaron en el nuevo proyecto. Fue un trabajo arduo para el grupo de villareños que unían la labor docente con una intensa

responsabilidad en la esfera jurídica, para los estudiantes que llegaban a nuestras aulas llenos de ilusiones y deseosos de aprovechar al máximo su etapa de formación profesional, así como para la dirección institucional, que debía dar solución a los problemas que cada día se presentaban, especialmente aquellos relacionados con la formación de un claustro a tiempo completo para la carrera. En todo ese proceso fue inestimable la valiosa ayuda del claustro prestigioso de la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana, dirigida por el insigne jurista doctor Julio Fernández Bulté.

Paralelamente, la Facultad de Humanidades enfrentaba, por diversas razones de política universitaria hacia los estudios humanísticos en el país, no pocas dificultades para mantener el desarrollo de la carrera de Historia y el trabajo del Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA) y del Departamento de Investigaciones Folclóricas, que, al final, no pudieron continuar su fructífera labor científica y académica, de destacada trayectoria en la Universidad. Ante esa situación, muchos no comprendían que la Facultad se dedicara a fomentar una nueva carrera universitaria.

Entre tanto, era necesario fortalecer nuestra unidad como Facultad para salir adelante. Es entonces cuando surgió la idea, en el colectivo de trabajadores, de celebrar una boda, aprovechando los resultados exitosos en la emulación sindical universitaria, que, como símbolo del amor, sellara la unidad del claustro de la Facultad, con la unión de la experiencia, la labor creativa y el sentimiento universitario. Sería este un día de alegrías, de compromisos y de entrega a esta Universidad, que aún recordamos.

La «gran boda» se celebró a las tres de la tarde en el patio del edificio que actualmente ocupa la Facultad de Economía, sede entonces también de Humanidades. Los novios elegidos no podían ser más representativos y queridos por todos. La novia: la profesora Gloria Vega, jefa del joven Departamento de Derecho. El novio: el profesor Juan A. Knudsen, profesor de francés y fundador de la Universidad, que era también el miembro de más edad de nuestro claustro. La novia vestía de blanco y portaba un bello ramo de flores. El novio vestía de frac

negro y con peluca rojiza de estilo leonino. Ofició la ceremonia el profesor de latín, José García, vestido con una sotana negra de sacerdote. Compartí con la profesora Alfa Iris Delgado, del Departamento de Filosofía, la labor de ir sujetando el largo velo de la novia; las dos disfrazadas de niñas traviesas, con trenzas en el pelo y pecas pintadas en la cara.

El cortejo nupcial salió del teatro universitario, con el «sacerdote» delante y los novios detrás. Recorrió los pasillos del Rectorado, bordeó el edificio que ocupaba el Pedagógico y avanzó por la ancha acera que une la Biblioteca General con gran parte del campus universitario.

A su paso, fueron indescriptibles las muestras de asombro, alegría, risas y aplausos de la gran familia universitaria, que salía a los pasillos, llenaba las barandas de los pisos superiores y corría por las aceras y jardines. Nadie quedó en su local. Fue como si el reloj de la vida universitaria se detuviera unos instantes para fijar en su memoria aquel momento de nuestra historia.

Al llegar al patio de la Facultad, una cerrada ovación de trabajadores y estudiantes ofreció la bienvenida a los novios. El patio, engalanado con flores, mostraba una mesa con un gran *cake* de bodas, y en el aire se escucharon las notas de la tradicional *Marcha nupcial*. Después, un gran silencio y la voz del profesor-sacerdote, que condujo la ceremonia alternando hábilmente latín y castellano, mientras todos coreábamos cuando él nos indicaba hacerlo. Finalizada la ceremonia, los novios pasaron a cortar el *cake*, entre aplausos y voces que clamaban: «¡Que se besen!» Fue un cálido beso en la mejilla que selló para siempre nuestra unidad, tal y como se recogía en las palabras expresadas por la dirección de la Facultad y el colectivo sindical. Para terminar, una alegre fiesta que nos hizo olvidar los desvelos y las dificultades por llevar adelante esta carrera, que conllevaría al nuevo nombre de Facultad de Filología-Derecho.

Años después, nuevos cambios de estructura afectarían a nuestras carreras, pero esa es ya otra historia.

Lamentablemente, los profesores Gloria Vega y Juan A. Knudsen ya no están entre nosotros, pero en estos tiempos de recuento universitario no olvidamos las

horas compartidas, ni aquella boda simbólica que tiene hoy tan alto significado en nuestra memoria, como en su momento lo tuvo en nuestros corazones.

UN «DOS CON DIGNIDAD» QUE NO AMILANÓ A UNA UNIVERSIDAD REALMENTE DE VANGUARDIA

Juan M. Diego Cobelo

En un período de máxima intensidad e impulso del trabajo metodológico (que permitió incrementar la maestría pedagógica de los claustros), el Ministerio de Educación Superior comenzó a trabajar en una guía para la inspección docente-metodológica. Para confeccionar dicho instrumento, nos solicitaron como expertos a varios profesores de diferentes facultades que trabajarían junto a los cuadros del nivel central del MES, quienes, a su vez, realizaron visitas periódicas a la Universidad, hasta que finalmente el documento estuvo listo para ser aplicado en algún Centro de Educación Superior del país.

Fuimos citados por el ministro Vecino Alegret a una reunión en La Habana, donde nos comunicó que en una valoración realizada por el Consejo de Dirección ministerial, el único CES que podía salir airoso en la prueba era el nuestro; que creáramos las condiciones para recibir a más de cien inspectores, cuando faltaban muy pocos días para el inicio de la inspección.

Aquello resultó ser una invasión de cuadros e inspectores con el ministro al frente. Desde los días preparatorios hasta la culminación del proceso, la Universidad como institución trabajó intensamente con todas sus organizaciones, sacrificando muchas horas de sueño en las jornadas previas, y prácticamente sin dormir durante la inspección, garantizando el toque final de los que iban a ser inspeccionados en todas las facultades, incluidos los alumnos que serían evaluados.

Todo era secreto y con tal hermetismo que no sabíamos por dónde andaba «la bola», aunque siempre nuestra astucia y las relaciones humanas nos daban algunas luces —diría yo que todas muy alentadoras— de los resultados que obtendríamos.

Pero de pronto recibimos la infausta noticia: la clase metodológica demostrativa en la Facultad de Física había recibido un 2, por el cual la mencionada facultad obtenía la misma evaluación y de acuerdo con los criterios de calificación de la guía de inspección, al tratarse de un departamento de las ciencias básicas, había que evaluar también de 2 a la Universidad. Nuestros ánimos se fueron al piso. En todo lo demás, nuestro centro había exhibido muy buen desempeño; fueron excelentes el comportamiento y los resultados evaluativos de los estudiantes, y algunas facultades alcanzaron calificaciones integrales bien altas. Fue un rudo golpe inmerecido para toda la familia universitaria, que nunca he podido olvidar, como tampoco aquellas palabras «de consuelo» del ministro Alegret, al comunicar su famoso veredicto, a teatro lleno, en presencia de la alta dirección del Partido en la provincia: la Universidad había obtenido «un dos con dignidad» que acogimos con un dolor inolvidable.

Pese a aquella calificación, como era evidente y quedó demostrada la alta preparación de la Universidad Central de Las Villas, en el ministerio decidieron, como reconocimiento al trabajo desplegado, invitarnos a ofrecer una conferencia metodológica a todos los rectores del país acerca de cómo se prepara un CES para la inspección, con un Plan de Trabajo Único (PTU) que involucrara a la dirección institucional, el Sindicato y la FEU, y contara con el apoyo del comité del PCC y de la UJC, así como el de las instituciones de la provincia. Fue mi oportunidad de devolver a su elevado lugar el nombre de esta Universidad de Las Villas, pues, andando el tiempo, resultó ser el primer CES del país en aprobar aquel tipo de inspección.

Las lágrimas derramadas ese día sirvieron de acicate para seguir demostrando lo que éramos en verdad. Aquel «dos con dignidad» no amilanó a una universidad realmente de vanguardia.

DONDE SE CUENTA DE UN RECTOR INGENIOSO CON SALIDAS MUY ESPONTÁNEAS

Digna Vázquez López

El doctor Juan Manuel Diego Cobelo fue uno de los rectores más célebres que matizan la historia de la Universidad de Las Villas. Gobernó entre 1977 y 1982, y no es menos cierto que a su rico anecdotario personal hay que sumar otro elemento igualmente patrimonial: su imagen y proyección. Hombre gallardo y divertido, elegante y simpático, de impecable vestir, aficionado al traje, al juego de safari o a la tradicional guayabera, símbolo de cubanía, era también un ser humano exquisito y comprensivo, y locuaz, y bailador tremendo...

Mi colega Ignacio Pérez Elesgaray me recuerda cierta ocasión en que Diego Cobelo le encargó preparar, junto a otros compañeros de la Universidad, un informe para el Consejo de Dirección del MES. Cuando se lo presentan, Cobelo expresa su inconformidad con la extensión del documento, pero lo entrega para cumplir en tiempo. Queda preocupado con el asunto, y días después le pregunta al rector del Instituto de Moa cómo había hecho el suyo, a lo que su homólogo oriental le responde: «Por supuesto que como un libro, Diego, ¡como un libro!» Pero el informe nuestro ya estaba en la capital, con tan poquitas hojas... Pasan los días, y cuando Ignacio se arma de valor y le pregunta qué le dijeron en el ministerio sobre el informe enviado, le responde muy complacido: «¡Me felicitaron! De ahora en adelante, dicen ellos, todos los informes tienen que ser así: concretos».

Pero la cualidad suya de sano admirador de la belleza femenina, dejó tal vez las mejores anécdotas. Una de esas me la recordó el mismo Ignacio.

Cuentan que Diego gustaba de salir al pasillo a aquella hora del mediodía en que, tras los timbres que marcan el final de la jornada matutina, la acera grande

que va del edificio de Matemáticas al Comedor Central se poblaba de gente, sobre todo de hermosas trabajadoras y de preciosas alumnas. Un día el vicerrector Eduardo Rodríguez ve a Cobelo allí de pie, ensimismado, haciendo nuditos de su cabello, y creyéndolo bajo alguna gran preocupación, le pregunta: «¿Algún problema, rector?», y él responde muy quedado: «Veo pasar la electricidad». El vicerrector, que no alcanzaba a descifrar el sentido de la respuesta, hace un gesto de incompreensión, y el rector Cobelo, con todo lo que dominaba de las ciencias técnicas, le replica: «¿Tú no sabes de ingeniería eléctrica? ¿Es que no ves cómo pasa por aquí más de un coulomb por segundo?» Desde entonces, alguien empezó a referirse a aquel sitio como el Mirador del Ampere.

Pero lo que no podré olvidar nunca fue aquel día en que llegó a Relaciones Internacionales para atender a una delegación que nos visitaba. Yo estaba allí con mi colega Amelia Vega, y llegó él, sonrisa al viento, todo de beige y carmelita, colores que parecía preferir y a los que asocio siempre su imagen. Jaranero como era habitual, nos saludó y dijo algún par de cosas estimulantes. Al final, no tuvimos más opción que decirle: «Doctor, si hoy parece una cubierta de chocolate!», y rápido como un rayo, con esa envidiable espontaneidad que tenía para hallar siempre la salida precisa, ordena: «¡Pues a saborearme!»♦

♦ Acordamos con el protagonista no reproducir la verdadera y auténtica respuesta, por gentileza, por discreción, incluso por prudencia... Y ya, de paso, estimulemos la imaginación del lector al respecto del cuento, del mito, del folclor infinito... (N. del E.)

DE UN RAMÓN HIPOCONDRÍACO Y DE UN JOAQUÍN «INFARTADO»

Luisa Fajardo Nápoles

En esta Universidad de Las Villas han existido siempre unos cuantos «Ramón» y otros tantos «Joaquín». Me ha bastado realizar ahora mismo una búsqueda en la red para descubrir más de cincuenta varones con el primer nombre (en sus formas simple y compuesta) y más de cinco con el segundo (nunca en función de apellido). Claro que esta crónica atañe nada más que a un Ramón y a un Joaquín, de quienes ofreceré como únicas señas que se desempeñaban en aquellos momentos como trabajadores del centro.

Todo comenzó en medio de una reunión. De manera súbita, el entonces joven Joaquín contrajo el rostro en una clara expresión de dolor y comenzó a friccionarse el pecho y el brazo izquierdo. Fue la alarma para los presentes, que sospechamos de inmediato un accidente cardiovascular. Mientras unos, alrededor del afectado, se lamentaban y hacían los clásicos comentarios de «¡Hay que avisar a la familia, y de prisa que esto pinta muy feo!», «¡A un primo mío le pasó lo mismo y no escapó!», «¡Un infarto en un joven es siempre letal!», «¡Que te nos mueres, Joaquín, que te nos mueres!»; otros, más diligentes, habían pedido vía telefónica un auto a la Dirección de Transporte para llevarlo al hospital con toda urgencia. A tal efecto, elegimos rápidamente al compañero que consideramos más capacitado para que lo acompañara en el vehículo: el compañero Ramón. El auto partió a toda velocidad rumbo al hospital, con las luces prendidas y haciendo sonar insistentemente el claxon.

Una vez en el cuerpo de guardia del que hoy llamamos «Hospital Viejo», los médicos le realizan un rápido examen físico, le toman también la presión arterial,

pero todo parece en orden. Así pues, uno de los galenos comienza a formular al Joaquín las preguntas de rigor en pos de un diagnóstico certero:

—¿Siente usted entumecimiento en el brazo izquierdo?

—¿Yo? —contestaba el Joaquín—. No, yo no siento nada de entumecimiento.

Pero el Ramón, que estaba pendiente del interrogatorio, también responde:

—Sí, sí, yo sí siento el brazo entumecido.

El médico lo mira, pero prosigue dirigiéndose nuevamente al Joaquín:

—¿Siente o sintió algún dolor profundo en el pecho o en el estómago?

—No —responde el Joaquín—; realmente no he sentido eso.

Detrás se escucha la voz del Ramón, que contesta también:

—Sí, sí, yo sí he sentido ese dolor.

El médico vuelve a mirarlo, pero continúa, en diálogo siempre con el Joaquín:

—Cuando sintió esa molestia, ¿tuvo sudoraciones?, ¿percibió cambios de temperatura?

—No, nada de eso me sucedió —responde el Joaquín.

—A mí sí —responde el Ramón, ya con clara expresión de pánico—. Yo sí tengo esas sudoraciones, doctor, y me pongo por momentos más frío que un muerto...

El epílogo de este suceso resultó inesperado para los colegas que en la Universidad aguardaban impacientes alguna noticia.

Llega el Joaquín de vuelta al trabajo, y una avalancha de personas se le viene encima. Todos quieren saber qué ha sucedido. Una vez más las preguntas se agolpan: «¿Qué fue?, ¿qué fue?», «¿No tuviste un infarto?», «¡Habrás sido nervioso, si a un tío mío le pasó y al final hoy se ríe del cuento!» El Joaquín responde que todo está bien, que no hay de qué preocuparse, que al parecer había sido una contractura muscular, probablemente porque el día anterior había estado jugando pelota. Es entonces que alguien del grupo lanza la pregunta que faltaba: «¿Y Ramón? ¿Dónde dejaste a Ramón?» A lo que responde el Joaquín:

—Lo dejé ingresado en Observación. Los médicos están haciéndole pruebas, pues parece que él sí tuvo un infarto...

Nuevamente se repiten las reacciones habituales y los consabidos comentarios de siempre: «¡Hay que avisar a la familia!», «¡Que al primo mío le pasó lo mismo, ya se los dije, y no escapó!», «¡Un infarto es cosa muy grave!», «¡Que se nos muere Ramón, que se nos muere...!»

Pero transcurrido un tiempo prudencial, y libre de toda sospecha, el Ramón estuvo de regreso en su casa. Y no fue preciso volverlo a montar en una camilla, como hubo que hacer en el momento del ingreso, que ese Ramón ha estado siempre tan saludable y fuerte como el mitológico toro de Creta.

EL CASO DE LOS VERSOS APÓCRIFOS

Francisco Rodríguez Alemán

Cuando la Universidad de Las Villas se tiñó de obrero, de campesino y de negro, como pidiera el Che, comenzó a estudiar en ella Domingo Rodríguez Frago (t), oriundo de una zona rural intrincada de la actual provincia de Ciego de Ávila. Domingo atesoraba las cualidades de un buen cultor popular campesino: el repentismo, la calidez al narrar, la capacidad de partir de sí y de la naturaleza a la hora de explicar los fenómenos de la realidad...

La tradición oral relata que en cierta ocasión, en la cola del comedor obrero, compuso una brevísima estrofa, en parte sugerida por la situación en que se hallaba, y la mostró después a un colega suyo, el profesor de literaturas Francisco Rodríguez Alemán, a fin de obtener algún comentario especializado. Decía la estrofa:

*La cola de la culebra
es la culebra toda,
porque la culebra es,
en definitiva, cola.*

Preguntó, pues, al filólogo si aquella estrofa sin autenticar que había llegado a sus manos podía haber sido escrita por Guillén. El otro, conocedor de toda la obra del Poeta Nacional, le respondió que no, decididamente no; aunque admitió el toque guilleniano de aquellos versos y explicó los detalles de su razonamiento.

No tardó nada el imaginario popular —parte esencial también de la vida de científicos y de profesores— en darle vida propia y continuidad al relato. En una de las versiones más difundidas, dicen que el docto filólogo llevó los versos a Guillén en persona, con quien tenía una gran amistad, y que el poeta, después de leerlos y

de saborear su sonora y contagiosa rima, hizo más o menos el comentario que sigue: «La verdad, no recuerdo haber escrito nunca estos versos; quizás lo hiciera algún día festivo allá en la Bodeguita del Medio; pero de que el estilo es mío, es mío...»

La sabiduría popular había sabido llevar aquella anécdota por más de un camino de intenciones evidentes, y al final hasta loables: dejaba a salvo la competencia literaria y la autoridad del filólogo, que hoy suscribe; no desmerecía en nada la fama noble y la honestidad del poeta; y daba méritos de sumo versificador al querido Domingo, que fue, sin duda, quien más disfrutó la evolución natural de aquellos versos apócrifos, por no decir que aquel triunfo suyo: uno de tantos en su larga historia de travesuras y de anécdotas únicas por las que será siempre inmortal.

LOS CABALLOS DE LA BOMBA

Xiomara García Machado

Cada vez que llego a la Universidad me siento dichosa. Cualquiera no consigue divertirse por medio del trabajo, pero yo sí. Ciertamente: no todo es agradable, pero incluso enfrentar aquello que no lo sea es un reto y me estimula. Soy de un grupo de gente unida por el lazo casi eterno de la pertenencia a la vida universitaria. Muchos de nuestros colegas se han despedido de este mundo sin consumir la jubilación y a veces me imagino entre ellos. Tuve la experiencia de irme por unos años y no pude evitar el retorno. Mi vida en la Universidad no tiene nada de individual ni extraordinario: es mi vida cotidiana y la mejor manera de salir de mí misma y hacerme mundo.

Llegué a esta Universidad siendo estudiante de Filosofía de la Universidad de La Habana, en el año 1983. Existía un proceso fundacional de los estudios del pensamiento cubano y latinoamericano, que el profesor Pablo Guadarrama impulsaba en la Cátedra Enrique José Varona. Participaba en las reuniones del grupo, y me gradué en 1984 con un trabajo de diploma acerca del pensamiento filosófico de Medardo Vitier, asesorado precisamente por Pablo.

Una vez graduada, me incorporé a trabajar en el ISP Félix Varela, pero asistía con asiduidad a los posgrados, reuniones de investigación y simposios de esta Universidad. Al año siguiente me trasladé e incorporé como profesora instructora. Nuestro departamento, radicado en el edificio de la entonces Facultad de Ciencias Sociales y Humanísticas, tenía una colosal responsabilidad en la Universidad, pues completaba la formación teórica y política de los estudiantes de todas las carreras, a través de diversas asignaturas. El claustro departamental se caracterizó siempre por un incansable estudio, por una extraordinaria carrera de superación científica y

metodológica. Al efecto, fue de gran importancia la Maestría en Pensamiento Filosófico Latinoamericano, una de cuyas sesiones me trae un particular recuerdo.

Era su primera edición, entre 1994 y 1996. La cursábamos como estudiantes a tiempo completo y teníamos una «escuelita» en el Aula 14. Allí ocurrían muchas cosas graciosas e inauditas. Voy a relatar al menos una de ellas, que me concierne.

Creo que todos los que conocemos al doctor Ordenel Heredia sabemos que se trata de un hombre sumamente virtuoso, apacible, respetuoso y muy decente. Este buen hombre era el profesor de la asignatura de Pensamiento Martiano, en una etapa en que yo estudiaba, por cuenta propia, la obra de Martí y tenía rayadas las páginas de todo lo que leía en mi colección de varios tomos. Por supuesto, en mí se agolpaban ideas, opiniones, interrogantes. Y hay que decir que mi inquietud corporal y mental resulta inversamente proporcional a la mansedumbre de espíritu del profesor Ordenel.

Un día, temprano, mi alondra matutina estaba aleteando con fuerza y la conferencia tenía como idea central el criterio de que Martí había atravesado por muchos puntos de vista y no se había quedado anclado dogmáticamente en ninguno de ellos. ¡Qué inmensa belleza percibí en el enfoque que le diera el profesor a su disertación! Me sentaba en la primera fila, cerca de la ventana, y ese día era yo toda entusiasmo, pero me confundí y creí estar en una actividad de seminario. Cada vez que el profesor realizaba una afirmación yo comenzaba a levantar la mano, y hubo ocasiones en que me levanté, sin permiso del profesor, y comencé a exponer y a exponer como en un seminario. El profesor me miraba como implorando «¡Estése tranquila!» o «¡Cállese de una vez!» Pero el ardor en mi conducta iba *in crescendo* y cada vez resultaban más aceleradas, más invasivas mis intervenciones. Consumía yo sola el tiempo de su clase, le robaba su espacio; sin percatarme, le usurpaba incluso la palabra... El sereno, tranquilo y nada violento profesor Heredia terminó por perder la calma. Casi gritando, dijo: «¡Xiomara, pero me lleva usted como los caballos de la bomba!» Hubo un estrépito de risas y carcajadas en el colectivo, mientras yo imploraba que la tierra me tragara. En ese

preciso momento y en medio de tanta hilaridad, alguien preguntó: «¿Y qué son los caballos de la bomba?»

De más está decir que de los puntos de vista ideológicos de José Martí, aquella actividad docente derivó en una disertación sobre los primeros bomberos que apagaban incendios con coches tirados por caballos. Hasta que sonó el timbre. Y fue culturalmente muy productiva la actividad.

Una vez en el pasillo, me disculpé con el profesor, y le prometí paz y tranquilidad absolutas en sus clases por el resto de su vida y de la mía.

EL ROBO DEL OBJETO DE RARÍSIMO NOMBRE

Misael Moya Méndez

La ubicación de la que fuera biblioteca personal de don Francisco de Paula Coronado en el último piso de la torre almacén de la Biblioteca General o las dificultades logísticas para hacer un uso cultural más efectivo de sus maravillosos fondos documentales, me recuerdan a ratos la mole del monasterio medieval que en la famosa ficción de Umberto Eco atesora un saber milenario, y lo protege, con riguroso trazado laberíntico y altos muros de piedra y exóticas yerbas venenosas, de la avaricia de conocimiento con que tanto monje merodeador, víctima de la lujuria del saber, husmea por sus estanterías promisorias; y es que la interdicción increpa, pero no asusta lo suficiente.

Tantos años como director de la Biblioteca Nacional, tantas relaciones estrechas con la intelectualidad cubana y extranjera de fines del XIX y principios del XX, tanta avidez cultural unida a una infatigable vocación de coleccionista, permitieron a Coronado reunir miles de libros y folletos, volantes y fotografías, manuscritos únicos y hasta incunables: esos espléndidos volúmenes editados entre 1453 y 1500, cuando la imprenta se encontraba «en la cuna»; para ser exacto, tres incunables maravillosos de 1492. Los *Sermones quadragesimales fratris* de Michaelis de Mediolano, y dos *Historias florentinas*, encuadernadas juntas: la de Leonardo Bruni y la de Gian Francesco Poggio Bracciolini.

Corría, a mi parecer, el año del Señor de mil novecientos noventa y siete; era yo entonces director editorial de la Universidad y ocupaba un espacio dentro del edificio de la Biblioteca. Meses atrás, el Día de Santa Bárbara del noventa y seis, habíamos fundado, con el respaldo del rector Andrés Olivera, la Editorial Universitaria Samuel Feijóo. Radicábamos en la sala que hoy mismo ocupan los

editores: el prolífico *scriptorium* a los pies de la torre imponente, pero no inexpugnable, que custodia el Tesoro.

El *finis Africae* de la Universidad había sido también tierra de flores y pastos abonados intermitentemente con intrigas de poca monta, que conviene ahora cubrir con un piadoso manto de silencio (como diría textualmente el mismísimo Adso de Melk), y que me fueran relatadas por Quien No Viene Al Caso... Pero igual acontece en todo sitio de misteriosa naturaleza, y es que dominan ancestrales demonios. En fin, que era el siglo pasado, y el quinto piso de la torre resultaba un convite.

Conocía la colección de punta a cabo. De memoria «recitaba» a los colegas de Historia el sabrosísimo manifiesto de las prostitutas cubanas del treinta y tres (para algunos, apócrifo). Había puesto a los lingüistas a traducir conmigo, de una carta de Céspedes de contenido tentador, un extenso pasaje en clave mutante que suponía vinculado al triste episodio del poeta Juan Clemente Zenea, y al final no eran más que ordenanzas para el movimiento estratégico de tropas mambisas. Trabajaba en la idea de publicar el catálogo íntegro de la colección en un número de la revista *Islas*, y pretendía estimular ediciones diplomáticas de las obras inéditas del teatro bufo... Me había enfermado ya un par de veces por respirar durante tantas horas aquel aire en el que no faltaban algunas colonias de mi mortal enemigo, el *penicillium* (no dejaré de apuntar que el *aspergillus* campeaba impertérrito, orgulloso de haber juntado a tanto arqueólogo notable con tanta momia faraónica en las pirámides egipcias; aunque no me podía hacer daño alguno, pues soy inmune a ese hongo en cuestión); me enfermaba, decía, pero era un goce único e irrepetible, una fiesta, subir a la torre para poner a prueba la memoria erudita de las bibliotecarias Violeta Cárdenas y Oílda Borrajo. Y nunca fue mejor ni más productiva, aunque lo fuera en materia de proyectos truncos, la relación entre la Editorial Universitaria y la Biblioteca de Coronado.

Fue como un lunes, entre *prima* y *tercia*, cuando corrió la alarma, a voz en cuello y escaleras abajo: «¡Se robaron un incunable!» Sospechamos que debió haber ocurrido el viernes anterior, durante *maitines*. Nunca un acontecimiento de

tal magnitud había roto la paz del culto edificio, ni golpe tan doloroso podría haber recibido antes la Universidad. Tras la zozobra del obligado recuento de las preciadas posesiones, alguien concluyó: «¡Once libros en total. Y la edición facsimilar de *El Quijote* iba entre ellos...!» Las dos *Historias florentinas* consiguieron salvarse, pero no los *Sermones*...

Hacia *sexta*, la noticia llegó conmigo a la Facultad... Sucedió entonces que una apreciada colega, cuyo nombre debo cubrir también con otro manto de piadoso silencio (válgame la modificación sintáctica de la cita para romper toda monotonía canónica), tras enterarse del mucho ajeteo y de la consternación colectiva que envolvía a las bibliotecarias, permitió, irresponsable, que la velocidad de sus labios fuera mayor que la de sus pensamientos al sonoramente espetar: «¿Un incunable...? ¿Y han movido a policías y aduanas y aeropuertos por un tareco de palo con tantos años que a lo mejor hasta comején tiene...?»

Imaginó una cuna. Imaginó tal vez el caballete de un pintor de acuarelas. Todavía me consuela suponer que imaginó, en aquellos fugaces segundos, algún popular grabado de Bebé leyendo el libro de Don Pomposo sobre un atril de madera tallada...

No hubo Guillermo de Baskerville; no hubo Bernardo Gui en esta historia. Doctos inquisidores de estos tiempos modernos hicieron su investigación, minuciosa, pero muy tarde resultaron los avances como para recuperar las joyas sustraídas por las manos impías.

El robo del Tesoro dejó un hondo pesar en los bibliófilos de la Universidad. Y para muchos amigos quedó ligado a esta anécdota de la que todavía solemos reír. Mi entrañable colega también rió de lo lindo, aprendió de su eventual ignorancia, con el tiempo mudó de profesión y ya nada tiene que ver con el mundo de las bellas letras. Pero no hay ocasión en que nos encontremos sin que afloren las sonrisas recíprocas: hay cosas que pasan una sola vez en la vida, pero no pasan.

A Dios gracias, ese inmenso Tesoro que sigue siendo nuestro *finis Africae*, aún sobrevive. Titivilo y los otros velan por él.

FORMIDABLES ANÉCDOTAS DE EBERTO MORGADO EN *EDITIO EXPURGATA* POR EL PROTAGONISTA

Lorgio Batard Martínez

Doctor en Ciencias Matemáticas y Profesor de Mérito de esta Universidad de Las Villas, Eberto Morgado Morales es uno de los profesores más populares del claustro y a él se atribuye la creación de una nueva unidad de medida.

Arribó en 1963 a esta Universidad para un curso de formación de profesores de matemáticas. No tenía el título de bachiller, sino el de la Escuela Normal de Maestros, pero esto no impidió que despuntara como algebrista eminente y se desempeñara como alumno ayudante al frente de docencia. Más tarde alcanzó el Premio Nacional de Matemáticas. Miembro de la Asociación de Combatientes de la Revolución Cubana, como hombre modesto que es, pasó mucho tiempo antes de que se supiera de su actividad clandestina en la lucha contra la tiranía de Batista. Sus compañeros y amigos no le han escuchado proferir jamás una queja.

Allá por la década de los ochenta, su fama comienza a abrirse paso por la vía del anecdotario, en que sobresale su personalidad distraída, propia de quien vive concentrado en la solución de importantes problemas científicos. Dicen que el nivel de entretenimiento que un ser humano pueda llegar a tener, se mide en *morgados*. Un índice de 0,8 es de alta peligrosidad, y en tal estado se aconseja no salir a la calle. Dicen también que solo Morgado puede funcionar con más de 1 morgado, y que índices de 1,2 y 1,3 pueden ser ya naturales en él.

Los textos que siguen son un adelanto del futuro «Ebertotario»: la colección de las anécdotas completas de Eberto Morgado.

I. La cuñadita olvidada. Concluye la década de los sesenta. Estudiantes del último curso de la carrera de Matemáticas, se dan cita para despedir el año en casa de un condiscípulo. Morgado llega a la fiesta acompañado de su novia (años después, madre de sus tres hijos) y de su pequeña cuñada, que a la sazón contaba 13 años. Como la fiesta se va alargando, los novios deciden hacer arreglos para acostar a la chica en una de las camas de los niños de la casa. Juntan a los hermanitos en una, y la ponen a ella en la otra. La noche transcurre entre risas, jaranas, tragos y abundante comida. Como a las tres de la mañana, Morgado y su novia sienten ya los efectos nocivos de la bebida, y deciden marcharse. Unos y otros han ido ya abandonando la casa. Tras despedir al último invitado, el condiscípulo anfitrión de la velada pasó revista por el cuarto de sus hijos, donde tuvo la fugaz impresión de haber sido padre más veces de las que había contado, desperfecto que achaca a fallo neuronal producido por alcoholemia; y resuelve acostarse sin mencionar a su esposa la ilusión óptica causada por el exceso de licores. Pasadas las cuatro de la madrugada, los dueños de la casa no han conciliado aún el sueño cuando sienten llamar a la puerta y se preguntan quién podría ser. Al abrir, ahí estaba Morgado, con la cara más fresca que una lechuga, sacudiéndose el polvo de la camisa y dejando caer, como de paso, su increíble pregunta: «Lorgio, ¿tú sabes si dejé algo olvidado por aquí?»

II. El cerrojo invisible. Transcurre exitosa misión en México de profesores del claustro de nuestra Universidad. Esta mañana, Morgado ha decidido quedarse solo en la casa que comparte con sus dos compañeros: refiere la urgencia de trabajar en la preparación de los cursos que imparte. En horas del mediodía, sus colegas regresan con la intención de disfrutar de unos minutos de descanso. Notan, con disgusto, que la llave no consigue abrir la puerta de la casa. El profesor les habla desde el otro lado de la puerta, y los insta a la paz y la calma: ahí está él para abrirles desde adentro. Sienten gran tranquilidad al escuchar su voz. Comienza la contienda. Forcejeos: la puerta no cede. Empujones: la puerta no se rinde. Improperios: la puerta no escucha. Cansancio, desfallecimiento, sudores,

deshidratación. Los que están fuera consiguen herramientas y logran desmontar, gozne a gozne, la puerta. Ya están dentro de la casa. Se descubre la causa: el profesor no advirtió nunca que, además del llavín, había un cerrojo con el pestillo echado precisamente por él.

III. El edificio en peligro. Morgado reside en el tercer piso de un edificio multifamiliar. Los habitantes de los pisos vecinos viven siempre en peligro. En esta memorable ocasión, el profesor se supera a sí mismo: alcanza entre 1,2 y 1,3 morgados de entretenimiento. Sube las escaleras, pasa por delante de su apartamento, en el piso tercero, pero prosigue hasta el apartamento homólogo del quinto piso, cuya puerta está semicerrada, con un gancho que el profesor retira. Penetra en la casa de su vecino, también ilustre profesor universitario. Advierte entonces que no es su esposa la que está sentada en un sofá de la sala. La señora, sonriente, le dice: «Creo que se equivocó de casa». Palabras dichas con tanta convicción, parecen conseguir reordenamiento neuronal espontáneo en el profesor, que pide excusas, aún confundido, y se retira, apenado, escaleras abajo.

IV. El poste del alumbrado eléctrico. Corre la década de los ochenta y el comedor de trabajadores de la Universidad está en Las Antillas, alejado de todas las facultades. Algunos profesores vencen los trayectos en sus vehículos, y otros aprovechan la oportunidad para coger botella, o se van caminando. Entre los primeros, está nuestro entrañable profesor; entre los segundos, el autor de estas páginas, que testimonia bajo juramento. Resulta que, al parquear, todos los choferes evitaban un poste del alumbrado que existía allí desde hacía tiempo. Era preciso mirar siempre por el espejo retrovisor para evitar una desagradable colisión. Para nuestro profesor, ese poste no debió haber existido jamás. Era evidente que no tenía la más mínima noción de que ocupaba un lugar en el espacio, próximo, amenazante... Barrigas llenas y corazones contentos, aquel día comenzaba la maniobra del retorno a la Facultad: manipula la palanca de cambio de velocidades, pone la marcha atrás... La operación se desarrolla lentamente; muy

bien todo hasta que frenó porque, según se dedujo, creyó estar viendo por el rabillo del ojo a un ser humano de recia complexión que se aproxima, acaso para saludarlo; y como lo correcto en tales situaciones es corresponder, él hasta se adelanta: «Buenas, ¿cómo está?» Quiso la casualidad que allí mismo se detuviera el auto, con la ventanilla a unos pocos centímetros del ser humano de recia complexión.

V. La esposa abandonada. En pleno Período Especial, al estilo de otros profesores, Morgado recurre a la bicicleta como medio de transporte, y la utiliza, entre otras funciones, para llevar a Teresita, su esposa, de compras. Ella suele viajar detrás de él, «emparrillada». Esta tarde se disponen a regresar a casa, contentos, pero se produce un lamentable fallo de sincronización: antes de que Teresita deposite la parte física de su organismo sobre la consabida parrilla, la bicicleta sale despedida a una velocidad inusitada, al no portar peso alguno en la parte trasera. Ven al profesor alejarse, hablando a su inexistente acompañante en un tono bastante alto, debido al ruido de la calle. Al cabo de varias cuerdas, molesto por no recibir la más mínima respuesta a sus comentarios, mira hacia atrás y se descubre solo sobre la bicicleta. Su esposa regresa a casa, a pie, molesta por lo ocurrido y negándose a volver a montar en la bicicleta, pese a los ruegos de su apenado esposo.

VI. La retirada. En Colombia, Morgado tiene un tomo extra de su anecdotario. En este episodio entró, por error, en una finca aledaña al camino por el que se dirigía, caminando, hacia el campus de la Universidad de Ibagué. De repente, le salen al paso unos enardecidos perros, ladrando ruidosamente, con las fauces abiertas y los colmillos afilados, celosos guardianes de sus dominios. El profesor los enfrenta, interponiendo su portafolios o maletín de trabajo. En ningún momento les da la espalda, porque sabe que tal comportamiento puede ser fatal cuando se trata de perros evidentemente dispuestos a morder. Habiéndolos

contenido, se tiene que retirar caminando hacia atrás, rumbo al portillo por donde había entrado.

VII. La receta personal de café. Colombia es tierra de variedades únicas de café, pero Morgado insiste en demostrar a sus doctos colegas universitarios que los cubanos también dominan maravillosas recetas propias. En una visita que algunas personalidades universitarias hicieron a su apartamento, les invitó a saborear un café colombiano al estilo cubano. Como la estufa no funcionaba, les rogó que pasaran al apartamento vecino, que ocupaba otro profesor, para prepararles su receta. Entre los presentes estaba la jefa del departamento donde prestaba sus apreciados servicios académicos. Coló un espumoso y aromático café y lo repartió entre los presentes, casi todos mujeres. Tras los primeros sorbos, las invitadas se miraron algo extrañadas. Una de ellas se decidió por fin a preguntar: «¿Es que los cubanos toman el café con sal?» Pero no, es que al estar en el apartamento vecino tomó por error el recipiente de una sal tan blanca y de tan excelente calidad, que parecía francamente azúcar refino.

VIII. El automóvil robado. Como chofer, Morgado atesora abundante material inédito. Se ha documentado que en una ocasión viajó cien kilómetros en contra del tránsito, pues no advirtió que, concluidas las reparaciones por las que habían suprimido temporalmente una de las dos sendas de la Autopista Nacional en su salida de Santa Clara, ya había vuelto a su funcionamiento normal la senda de la derecha y viajaba él por la de la izquierda. Se ha tomado testimonio también del día en que, en el parqueo de la bodega en la que compra, casi origina una riña con el propietario de un auto de color parecido al suyo, cuyo motor trataba de hacer funcionar infructuosamente, con una llave que no le correspondía. Situaciones por el estilo abundan. La más célebre acontece cuando visita a unas amistades en el Reparto Capiro y deja su auto mal parqueado junto a una gasolinera próxima. El auto tenía una puerta abollada por culpa de un choque que aconteció en medio de una distracción anterior, cuando dio marcha atrás, sin mirar bien, en un parqueo

de la universidad. Todas estas circunstancias hicieron que unos patrulleros de recorrido por aquel lugar, sospecharan que podía tratarse de un auto robado. Indagaron entre los vecinos, pero ninguno sabía quién era el dueño del vehículo allí estacionado. Por tal motivo, dan parte a la Dirección de Tránsito con el número de la matrícula, para que localizaran cuanto antes al propietario. Más tarde, en horas de la medianoche, se presentan unos policías en su casa, en el Reparto Escambray, y llaman insistentemente a la puerta. El profesor, que llegaba en ese preciso momento manejando su automóvil, se sorprende por el ruido que hacía el altavoz del patrullero allí estacionado. Los policías le comunican que su automóvil ha sido robado, pero les dice que no podía ser, puesto que él andaba en su automóvil y lo había tenido consigo todo el tiempo... O casi todo el tiempo, pues era evidente que en cuestión de unos minutos alejado de su vista, se había producido aquella falsa alarma debida, quizás, a exceso de celo policial.

IX. La jaba premiada. El profesor suele realizar los mandados de la bodega: la canasta del mes, el pan nuestro de cada día y todo lo demás. Al margen de los morgados con que pueda salir a la calle, lo cierto es que acostumbra llevar consigo algún libro de álgebra o un artículo científico, «para entretenerse mientras hace la cola». Esto ha sido ocasión propicia para que algunos «vivos» del barrio aprovechen y le sustraigan algún producto codiciado. En cierta oportunidad (por suerte, anterior al Período Especial), le llevaron los jabones recién comprados en la bodega. Sin embargo, en otra ocasión los papeles parecen haberse invertido. Quiso el destino que se situara al lado de una señora de incierta edad, que portaba una jaba igualita a la suya, y a la que estaba atendiendo otro dependiente en el mostrador de la bodega. Ponen en la jaba del profesor los alimentos que había ido a buscar, pero con 1,3 morgados encima este echa mano por error a la jaba de la anciana cliente, repleta con los mandados del mes, y enrumba hacia su hogar. La señora, al advertir lo que supone un hurto, comienza a perseguir al presunto ladrón. Al escuchar sus gritos de «¡Atajen, atajen!», Morgado se detiene y tras algunos procesamientos neuronales de alta velocidad comprende lo sucedido. A la

anciana hubo que darle las explicaciones debidas, pero debió quedar satisfecha de la suerte de que un científico de alto nivel hubiera tomado por simple error su jaba, pues, con toda seguridad, llegaría el momento en que también ella pasaría a la historia. Que desde Euclides hasta Bertrand Russell todo matemático brillante ha tenido su biógrafo.

NUNCA FUERON MIS CABELLOS TAN RUBIOS

Josefina Jover de la Prida

El editor de estas crónicas es el mismísimo Demonio o un pariente muy próximo en la cadena de ADN. ¿Quién más se te aparece de pronto para recordarte los peores momentos que has tenido en la vida? Casi había logrado olvidar aquel desagradable desliz que tuve en el Comedor Central (*desliz* del tipo *deslizamiento*; permítaseme la aclaración oportuna). Solo Satán puede haberme tentado con sus artes oscuras para conseguir que hoy me sienta dispuesta a publicar la memoria de lo sucedido, y que deje correr mis dedos sobre el teclado, ligerísima... ¿Qué fuerza extraña me domina, si no?

Sucedió a finales de la década de los noventa. Ese diablo se burlaba de que todos los meses yo visitaba la peluquería para darme mi habitual tinte rubio. Me hostigaba diciéndome que era yo víctima del mal hábito burgués que pretendía mantener a toda mujer eternamente joven y rubia como el ídolo Marilyn. Me molestaba, pero siempre disfruté de mis cabellos teñidos, aunque muchas veces me resultó imposible hallar mi tinte predilecto y tuve que acudir, como en aquella oportunidad, a otros tonos que no me dejaban enteramente complacida: algo más pálidos y menos brillosos.

Por puro azar, eran también los días en que el cocinero en jefe de la Universidad experimentaba modos diversos de variar el menú, a partir del mismo elemento básico de que solía disponer por largas temporadas. Quién no recuerda los espaguetis eventualmente elaborados con delgadísimos fideos, de esos que llaman Cabellos de Ángel... O aquella sopa preparada, a su vez, con espaguetis de los bien largos, gruesos y tan amarillos que Belcebú decía que color semejante ni con el anatto de la bija, a lo que yo discretamente argüía, con mis conocimientos de

las ciencias químicas, que tal vez a base de tartracina, a lo que él replicaba que del todo imposible: que aquella sopa, más dorada que el azufre que había en los hervores del Infierno, tenía que ser a base de amarillo de oro diamina; entonces yo musitaba que eso podía ser muy peligroso para la salud, y él, complacido, terminaba por sugerirme que cuidara más de mi estómago que de mi pelo, y que no probara la sopa; que, por si acaso, allí estaban él y Orlando Michel, que tenía estómago de hierro... Para colmo, debido a mi mala suerte, siempre que me servían, me echaban más agua que fideos, y le daba la sopa al primero que tuviera al lado. (Advertencia: hace tiempo rebasé aquel comportamiento ingenuo causado por lo que mis abuelitos denominarían las «malas compañías»; en fin, que ya no cedo la sopa.)

Aquel día tuve la suerte de llegar a la cancha cuando la fuente sopera tocaba fondo; y me llenaron la bandeja con una sólida masa de fideos y poquísimo caldo. Agarré muy feliz mi bandeja; y al avanzar rumbo a una de las mesas, quise girar para hacer partícipes de mi felicidad a mis queridos acompañantes con un «¡Vean! Hoy sí me cayeron fideos, qué maravilla...!» A mí me cayeron los fideos, pero con toda seguridad a muchos, antes, les había tocado nada más el caldo, razón por la que tantas bandejas en su inestable andar habían dejado escurrir poco a poco lo que para entonces formaba ya un charco sobre las losas, y las ponía resbaladizas. Iba yo a girar, ¿recuerdan?, y juro que ha sido la única vez en mi vida que pretendí vanagloriarme de algo; pero en el giro vino la pérdida del equilibrio, y se me aflojaron las piernas, y me abrí de muslos y caí directo al suelo, sentada y rígida como cualquier muñequita de biscuit... A la vez, la bandeja había dado vueltas por el aire, y los fideos, todos, terminaron muy bien dispuestos verticalmente desde la coronilla hasta la base de mi cuello, cubriendo mis orejas y hasta mi rostro. Dicen los que me vieron que fue una escena memorable. Gracias a Dios —que siempre viene a compensar las obras del Maligno—, en aquellos lejanos tiempos nadie andaba en este país con un celular encima tirando fotos y filmando videos, o me tuvieran en Facebook...

Yo recuerdo que fueron fracciones de segundos. Escuché un grito general de alarma, y todo el mundo se dirigió hacia mí para ofrecerme ayuda, pero era tarde: ya estaba en el suelo, con la bandeja a un lado, y en mi cabeza algo parecido a una peluca de estambres de color amarillo como la del personaje de Teretrecitas la de Los Yoyo. Al instante, tras convencerse de que no se me había roto hueso alguno en el acto, sobrevino la hilaridad masiva, materializada en unas sonoras y prolongadísimas carcajadas, pues así solemos ser los cubanos...

Nunca atiné a ver quién fue, pues los fideos me lo impedían, ni fui capaz en medio de tanta confusión de reconocer la voz del que pasó, indolente, por delante de mí, con su bandeja en mano; aquel que hiciera el comentario de «¡Vaya, Fini, hallaste el tinte! ¡Nunca habían sido tus cabellos tan rubios!» Hoy me convengo de que tales palabras solo las pudo proferir el mismo diablo que ahora, apoderado de mi voluntad, me obliga a suscribir esta página.

TEATRALES MEMORIAS CONTADAS TEATRALMENTE

Luisa Fajardo Nápoles

Quienes arribamos a la Universidad de Las Villas en la década de los setenta, heredamos, de labios de los trabajadores más antiguos, la historia de la fuerte influencia que había tenido la enseñanza y práctica del teatro en nuestro movimiento de artistas aficionados. Se enseñaba desde cómo moverse en las tablas hasta cómo proyectar la voz para hacerse escuchar con facilidad; lo importante de hacer silencio cuando el público se reía o murmuraba; el valor de una buena escenografía para el éxito de una obra... Raíces profundas sobreviven siempre y pueden sorprender con un bello retoño cuando no se le espera. En mi generación y las posteriores, ha perdurado tanto el gusto por el teatro como la voluntad siempre dispuesta a la actuación.

Recuerdo con agrado la última obra de teatro formalizado de los años ochenta, *Una medalla para las conejitas*, con las entonces jóvenes Carmen Sotolongo y Magda de la Paz en los papeles protagónicos, y los también jóvenes valores Susana Carreras, Pablo García Portal y Manuel Lazo, quien llegó a recibir un premio a nivel nacional. Esta obra tuvo éxito dentro y fuera de la Universidad.

Luego vendrían etapas en que surgieron pequeños «elencos de artistas», dentro de lo que podríamos denominar teatro no formalizado, como el de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanísticas, que, basado siempre en el humor más fresco, hizo frecuente el *sketch* sobre la vida cotidiana en fechas especiales (Día de la Mujer, Día de los Enamorados, Primero de Mayo...) y se fue dirigiendo a la sátira de las telenovelas exhibidas por la televisión cubana, nacionales y extranjeras. Esto último ha sido «el fuerte» de ese entusiasta grupo.

Muchas han sido las telenovelas satirizadas. Se recuerda el caso de *Doña Bella*, con Xiomara García y Gilberto Rivero en los papeles principales; novela versionada en cinco actos y única que se presentó en horario nocturno, en un círculo de trabajadores de la Universidad en Las Antillas. Contó con una escenografía original y de bajo presupuesto: cada actor creó su propio vestuario y se hizo de los objetos distintivos de su personaje. En el caso de Costa Pinto (interpretado por José Moreno), fue preciso un llamativo bombín; en el de la histérica de su mujer (representada por Mary Castillo), su típico y exótico traje de dormir. La participación del «elenco» en la escenografía fue siempre especial, y a su respecto se guardaba celoso secreto hasta el momento de la representación. Recuerdo el lujoso vestuario de doña Bella, el llamativo vestido de la década de los veinte y el sombrerito de plumas que llevaba Olivia (interpretada por María Hernández), y el mortífero puñal que, a falta de sustituto real, hubo que fabricar completo de madera, y que portaba el personaje del asesino Cuarentiña, interpretado por alguien que sabrá perdonarme la falta de memoria.

Un recuerdo especial habría que dedicar a la puesta en escena de la versión de la novela cubana *Tierra brava*. Nuestro querido Domingo Rodríguez Fragoso (†) hizo trasladar en el camión de su vecino un sillón de ruedas para poder representar de manera creíble su personaje de Lucio Contreras. Domingo aparecía, en pleno mes de julio, con un caluroso traje y sombrero de paño, cubriendo sus piernas —¿recuerdan al personaje?— con una frazada. Sobresalió aquella representación por su realismo y fidelidad a la versión de la pantalla, así como por el derroche de sano humor criollo. ¡Cómo no reírme al recordar al personaje de Justa (interpretado por Aleida Alfonso), si desfallecía de tanto trasladar para acá y para allá, incesantemente, al personaje de Lucio sobre el sillón de ruedas, a punto de un mediodía en extremo caliente!

En la sátira a *Mujeres de arena* (que denominamos *Mujeres de fango*) se integraron al elenco compañeros de diversas áreas y también no docentes. Pero no tuvimos en cuenta que la profesora Sheila Galindo, que interpretaría el personaje de Clarita (esposa del ricachón Virgilio), era una alérgica severa y asmática, a quien

los olores fuertes provocaban reacciones inmediatas. Alguien del equipo había sugerido que en cierta escena, Clarita recibiera del ex marino que la cortejaba en la playa alguna flor o plantita como símbolo de su amor; pero la sola vista de la plantita debía provocar la risa del público. De tal suerte, sin que Sheila estuviera al tanto, se decidió que le entregaría nada más y nada menos que un mazo de cilantro. Debo reiterar que, para colmo, todo se mantenía en secreto, con el propósito de que hasta los actores vivieran durante la puesta en escena un continuo juego de descubrimientos. Terrible descubrimiento para la galindosa actriz, quien casi pierde la vida aquel día cuando su amado en la vida irreal pone en su nariz aquellas hojas de oloroso cilantro y comienza una fuerte reacción alérgica, con estornudos, falta de aire y el célebre desmayo... Al susto de los presentes, se sumó el del improvisado utilero, que creyó que el asunto recaería sobre su responsabilidad por haber aportado la «venenosa» planta, y se dio a la fuga a una velocidad jamás vista en el campus.

Como me ha tocado la comprometida labor de ser guionista y directora de las representaciones, suelo dar órdenes hasta a mi marido, Dagoberto Figueras, a quien corresponde la mayoría de las gestiones sin las cuales nada de esto hubiera sido posible, como reproducir, llevar y traer copias de libretos. Debo decir que nuestro elenco es amplio, y a los nombres ya manejados antes hay que sumar muchos otros: Mérida Muriedas, Joaquín Alonso, Ramón Rivero, Iván García, Miguelito Hernández, Francisco Rodríguez Alemán, Marilis Marrero, Iris Laureiro, Gricelia Molina, Niurka Soto, Alicia Acosta, José Antonio Acebey, Víctor Almanza, Miguel Falcón, Reyna Ferrer, Georgina Castro, Roberlando Gómez, Irsa Teresa García, Alberto Averhoff, Raquel Fernández, Nelson Ramos, Norma Molina, Celia Marta Riera, Manolito Martínez Casanova...

Este elenco sobresale por una gran unidad de espíritu, por su entusiasmo nato para asumir los papeles y contribuir con toda clase de esfuerzos a la realización efectiva de cada nuevo proyecto; por su cordialidad al relacionarse entre sí, sin pretender que nadie sea considerado mejor actor que su colega. Y sobresale también por un rasgo de profesionalidad absoluta, y es el talento colectivo para la

improvisación, del que han hecho, más que alarde, derroche al salir airoso de las muchas situaciones imprevistas que han enfrentado en escena; si bien hay que admitir que en el caso de estos actores a los que tanto quiero, la causa de tales imprevistos ha sido siempre la absoluta incapacidad que han mostrado a la hora de memorizar los libretos que escribo.

COMPUTADORAS: UN BREVE CAPÍTULO DE ARQUEOLOGÍA UNIVERSITARIA

José Rafael Abreu García

Hoy día es imposible concebir ya no el estudio de una carrera universitaria, sino la vida misma sin las computadoras. Pero la situación era otra en 1959, cuando me inicié en estas aulas como parte del primer grupo de alumnos de Ingeniería Eléctrica que llegó al centro. Ninguno de nosotros podía entonces imaginar el uso masivo de la computación tal como ahora acontece y que, así y todo, nos sigue resultando insuficiente.

Durante la primera mitad del siglo xx, en Cuba se habían utilizado profusamente máquinas para el procesamiento de datos, tanto las llamadas «de tabulación» como las «de saldo directo». Las primeras, conocidas también como «máquinas de contabilidad sobre tarjetas perforadas», fueron importadas de dos firmas con tecnologías diferentes: IBM y Remington Rand. Las de IBM se difundieron más, hasta crearse en el país una sucursal de dicha compañía para atender a los países del Caribe y de América Central, con personal cubano.

Muchas empresas y compañías nacionales de entonces (fundamentalmente sucursales de transnacionales) usaron estos equipos; entre ellas, la Compañía Cubana de Electricidad, subsidiaria de la Electric Bond and Share, con sede en los Estados Unidos; la Compañía Telefónica, también sucursal de una gran empresa norteamericana; varias compañías de seguro, empresas jaboneras, firmas comerciales y bancos, que emplearon las máquinas tabuladoras en tareas necesitadas del procesamiento de datos contables y de administración, como facturación, ventas, cobros, pagos, nóminas de sueldos y salarios, inventarios, control de activos fijos, entre otras.

Según evidencias, fue en los meses finales de 1958 cuando se introdujo en Cuba la primera computadora electrónica propiamente dicha. Se trataba de una IBM RAMAC: máquina de primera generación, construida con válvulas y tubos al vacío, muy difícil de programar, dado el poco desarrollo de la industria del software. La importó una compañía petrolera radicada en el país en aquel entonces, pero no pudo ser utilizada debido a sus frecuentes roturas y a la escasa pericia de los técnicos cubanos en su particular tecnología.

La segunda computadora de la que existen noticias, llega a la Isla en 1963. La Elliot 803-B: máquina de fabricación inglesa, de segunda generación, construida sobre la base de transistores y tubos. Para el almacenamiento externo de información, utilizaba cintas magnéticas que frecuentemente presentaban problemas. Se instaló en la Universidad de La Habana y en su programación se utilizaba un código propio: un lenguaje nemotécnico ensamblador, propio de la época.

Ya en 1968 se adquirieron dos equipos SEA 4000, producidos por la compañía francesa CII: máquinas de segunda generación, con las cuales se comienzan a resolver algunos problemas importantes; por ejemplo, en 1970 se utilizaron para procesar los datos del Censo de Población y Vivienda.

Por esos años, nuestra Facultad de Ingeniería Eléctrica no disponía de ningún medio para el cálculo electrónico. Los planes de estudio ni siquiera incluían asignaturas relacionadas con la computación, mientras que en el actual siglo XXI, solo la carrera de Ingeniería Eléctrica dedica más del veinticinco por ciento del fondo de tiempo a asignaturas de este perfil. Fue a partir de 1963 que esta situación comenzó a cambiar. El 3 de noviembre de ese año, en una reunión del Consejo de Dirección de la Universidad, se aprobó un plan de transición para los alumnos de cuarto y quinto años de las especialidades de Energía Eléctrica y de Electrónica y Telecomunicaciones, y ese plan introducía en el segundo semestre del quinto año la asignatura Computadoras Analógicas. Meses más tarde, el 12 de diciembre, ese mismo Consejo se entera de la obtención de mil dólares para adquirir computadoras analógicas con destino a la Facultad de Ingeniería Eléctrica.

Nuestro primer contacto con una computadora analógica se produjo en una exposición en Santa Clara. Se trataba de una MN7 de fabricación soviética, proveniente de la Escuela de Automatización Industrial que había sido fundada por el Che en 1963. Esa fue la primera computadora de que dispuso nuestra Universidad.

En marzo de 1967, en esta Facultad se comienza la construcción de una computadora analógica. En la obra participan, entre otros, los profesores Héctor Onofre Salvador Gallardo, Felipe Argüelles López, Francisco Lee Tenorio, Roberto Jiménez Hernández, Víctor Giraldo Valdés Pardo y los técnicos auxiliares de la docencia Ángel Alonso Rivero y Ramiro Bustamante.

Luego de vencer grandísimos retos, en la celebración por el 26 de Julio de 1968 en Santa Clara se inaugura la máquina, que fue montada en un bello mueble de formica verdeazul y negra, diseñado por Arturo Suárez, destacado trabajador de Ingeniería Mecánica, y construido por Filiberto Veitía, director de Carpintería en nuestro centro. Se programaron diferentes ejercicios y se ejecutaron con profesionalidad, ante la presencia de invitados y del rector Nazario González, quien, al final de la demostración, y tras manifestar su poco interés por el desarrollo de los experimentos, llenó de elogios la belleza y calidad del mueble. Esto, lógicamente, no fue del agrado de los que habían desarrollado tan extraordinario esfuerzo tecnológico.

Ya adentrada la década de los setenta, se recibió otra MN7 por donación del Instituto Tecnológico de Kiev. Las dos que llegamos a poseer fueron trascendentales tanto para la docencia como para las investigaciones científicas. Pero dado el avance de las tecnologías digitales y el desarrollo de softwares específicos, las posibilidades de utilización de las computadoras analógicas se fueron limitando paulatinamente.

En enero de 1969, siendo ya profesor, por una beca que auspició la UNESCO viajé a España para participar en el IV Curso Internacional de Automática, en la especialidad de Control Automático y Calculadoras Electrónicas, que fue impartido

por el Instituto de Electricidad y Automática, adscrito a la Universidad Complutense de Madrid.

El curso se desarrolló pese a la situación de lucha del estudiantado español contra el gobierno del dictador Francisco Franco, matizada por sistemáticas protestas, y fue mi oportunidad de aprender Programación Fortran, Métodos Numéricos y temas de Teoría de Control. También trabajé, por primera vez, con una computadora digital: una IBM 1620, con la que realicé prácticas de programación y el ejercicio final dedicado a Minimización de Funciones Lógicas. La máquina en cuestión, dada su poca capacidad de memoria, no poseía programa de computadora residente, por lo que era necesario colocarlo mediante una cinta perforada; de esa manera era posible correr programas en Cobol y en Fortran. Para la confección del programa se utilizaba la misma máquina: se escribían las instrucciones correspondientes y, luego de verificadas en su pantalla, se daba la orden para perforarlas en una cinta de papel que más tarde permitía su ejecución. Si existía algún error, se debía repetir integralmente el proceso. A mi regreso, traje para la Universidad la bibliografía básica de Programación Fortran y Métodos Numéricos (libros en español cuyo autor original era McCracken); materiales que fueron de gran utilidad una vez que el decano, Evelio de la Sota Contreras, accedió a mi solicitud de insertar en los planes de estudio una asignatura al respecto. Por esta época, un selecto grupo de estudiantes de la carrera de Ingeniería Industrial había asistido a un entrenamiento en La Habana para la utilización de la Elliot 803. Entre ellos se encontraba la profesora doctora Aurora Pérez González. Solicité entonces, para la asignatura nueva, la prestación de servicios de los profesores de Industrial, pero me fue denegada por razones de alta carga docente. Así pues, durante todo un período vacacional, me entregué a la preparación de la asignatura.

En 1970 inicié la impartición de Métodos Numéricos y Programación Fortran. Al mismo tiempo, se inician los cursos sobre esta temática para los profesores, todo ello sin poseer todavía ninguna computadora al efecto. Se trabaja también en la preparación de alumnos ayudantes e instructores, entre los que sobresalieron Carmen Armayor y los actuales profesores doctores Marta Bravo de las Casas y José

Chaljub Duarte, quienes, siendo aún estudiantes, tuvieron un destacado papel en la impartición de talleres sobre la confección de programas aplicando los métodos y el lenguaje Fortran.

Finalmente, en 1972 llegó a la UCLV la primera computadora digital: la IRIS 10 que ubicaron en lo que se denominó Centro de Cálculo (actual Centro de Estudios de la Informática, al que muchos siguen identificando por el viejo nombre). Esa computadora producida en Francia por la CII, fue ampliamente utilizada en la solución de tareas de ingeniería y de economía. Trabajaba con tarjetas perforadas. Se estableció el sistema de llevar en una hoja de código las instrucciones escritas, al día siguiente recoger las tarjetas perforadas, ordenarlas y entregar el conjunto de tarjetas que conformaban el programa para su ejecución, que era devuelto al día siguiente. Si existía un error, se debía repetir el mismo ciclo. No obstante estas dificultades, fue un gran paso de avance sobre todo en la realización de ejercicios científicos; en mi caso, en la simulación del tándem de un central azucarero, como parte del trabajo de doctorado. Aún eran limitadas las posibilidades para la realización de prácticas por parte de los estudiantes.

Posteriormente, se ubicaron en el mismo Centro de Cálculo máquinas producidas en Cuba, como la CID 201: minicomputadora con una memoria de núcleos de ferrita y una capacidad de 4 kilopalabras, con una «palabra» de 12 bits, destinada a problemas de tipo científico. Se programaban en un autocódigo llamado LEAL (de «Lenguaje Algorítmico»), pero presentaron frecuentes roturas y tampoco dieron la posibilidad de explotación masiva por los estudiantes. La CID 300/10, que era una máquina mucho más evolucionada que su antecesora, con una velocidad de 400 000 sumas por segundo, con 32 kilopalabras de memoria interna y una dimensión de palabra de 16 bits, que permitía, al menos en teoría, que corrieran dos programas simultáneamente, con lenguajes como Leal, Cobol, Fortran, Algol, Basic y Focal, tuvo también su talón de Aquiles: la calidad de sus componentes y partes integrantes, causa de muy altos índices de rotura.

Un paso importante para la Facultad de Eléctrica fue la adquisición de la VIC-20 fabricada por la firma Comodoro, que trajo a la Universidad el señor Luis

Martínez García, asesor español del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), que había trabajado en nuestra Facultad de Agronomía entre 1980 y 1982. Su especialidad era la Enseñanza Programada, por lo que se relacionó con nuestro profesor doctor Víctor Giraldo Valdés Pardo, que estaba investigando sobre la aplicación de la informática en la educación. La VIC-20, además de un monitor, contaba con una grabadora de casete y un cartucho de expansión de memoria de 16 kilobytes. El decano de la Facultad era entonces el doctor Eduardo Rodríguez López, quien gestionó con el rector la adquisición del equipo, por el que se pagó la cantidad de 1000 pesos MN. Con la VIC-20 aprendieron los fundamentos de la programación en Basic profesores y alumnos de nuestra Facultad y de otras. Todavía tiene posibilidades de funcionar y se encuentra en el Departamento de Automática.

Las primeras microcomputadoras que Eléctrica tuvo ya en cantidad (¡creo que cinco!) fueron de la firma japonesa NEC, con posibilidades de procesamiento de 8 bits, disco flexible de 8 pulgadas, excelente display en colores; la mayoría, sin disco duro. Eran máquinas de buena electrónica, pero resultaban incompatibles con la IBM PC/XT y con el estándar Intel 8086; por otra parte, la firma NEC no estaba dispuesta a perder el gran mercado norteamericano por venderle algunos cientos de máquinas a Cuba, así que pronto se interrumpió la llegada de esas computadoras.

A finales de la década de los ochenta nuestro país comenzó a comprar por lotes los componentes necesarios y a ensamblar microcomputadoras LTEL; estrategia con la que se abarataron los costos y se pudo conseguir el salto más visible de todos en esta larga historia de la informatización: el de la creación de los laboratorios que poco a poco se han incrementado en número, perfeccionado en cuanto a tecnología e interconectado por red. Por supuesto que la revolución ha seguido adelante, pero las generaciones más jóvenes son ya testigos de estos últimos cambios.

Los laboratorios en cuestión forman parte del imaginario que cada estudiante de las últimas décadas tiene sobre lo que es una escuela, una universidad; y sin ellos no podría concebirse ni el estudio, ni el intercambio académico, ni la

formación de especialistas competentes en la actualidad. Son, tal vez, la cara más visible y notoria, la evidencia palpable de lo que hace más de medio siglo era apenas un puñado de sueños que alimentábamos con nuestra incansable labor y devinieron felizmente realidad indiscutida y vital. Surgirán nuevos sueños que se harán realidades, y en un futuro no lejano alguien se verá obligado a actualizar esta breve memoria.

MEMORIA DEL GRUPO DE PENSAMIENTO FILOSÓFICO LATINOAMERICANO

Pablo Manuel Guadarrama González

A inicios de la década de los setenta, después de haber hecho estudios de posgrado sobre filosofía clásica alemana (en especial, sobre Kant y Hegel), en la entonces Universidad Carlos Marx, de Leipzig (otrora República Democrática Alemana), decidí no aceptar la propuesta de mis profesores para desarrollar la tesis doctoral sobre el concepto de libertad en Kant o sobre el concepto de sociedad civil en Hegel. En su lugar, consideré mejor dedicarme a las investigaciones sobre el desarrollo y las particularidades del pensamiento filosófico en América Latina.

Inicialmente encontré el desacuerdo de algunos colegas en relación con esa juvenil decisión de no dedicarme a estudiar a alguno de aquellos dos destacadísimos pensadores alemanes. Recuerdo cuando mis profesores alemanes, doctores Helmud Seidel y Martina Thom, con profunda honestidad, me comentaron que de ese tema del pensamiento filosófico en América Latina no tenían la más mínima idea y que, por tanto, no podían asesorarme la tesis. Les respondí que precisamente había tomado esa decisión con el objetivo de contribuir en algo a que en Alemania y en otras latitudes, incluyendo la propia Latinoamérica, se conociera que en estas tierras, como en otras partes del orbe, también ha florecido el árbol de la filosofía. Les expresé que ya habían colaborado extraordinariamente conmigo en la profundización del conocimiento de aquellos y otros sabios pensadores alemanes, entre los que se encontraban también Marx y Engels. Pero que estaba seguro de que podrían continuar contribuyendo a mi formación académica, y así finalmente resultó.

Precisamente de Kant había aprendido sus ideas sobre la prudencia y la pertinencia, y ello me condujo a la conclusión de que no era pertinente consagrar mi vida intelectual a estudiar a Kant, sino que debía dirigir mis esfuerzos investigativos hacia la rica y polifacética vida filosófica latinoamericana. Hoy me siento extraordinariamente satisfecho de haber tomado aquella sabia decisión sobre el área temática a la que consagraría mi vida intelectual y que sustentaría dos tesis doctorales: la primera, en aquella universidad de Leipzig en 1980, en filosofía, sobre las particularidades del positivismo en Cuba y América Latina a través de la obra del filósofo cubano Enrique José Varona; la segunda, el doctorado de segundo nivel o doctorado en ciencias defendido en esta Universidad de Las Villas en 1995, sobre el humanismo y la autenticidad del pensamiento filosófico latinoamericano; en especial, a través del desarrollo de las ideas marxistas en esta región.

Un momento decisivo en nuestra evolución intelectual se produjo a la hora de elegir un tema dentro del amplio terreno de la producción filosófica latinoamericana y no saber por dónde comenzar. En ese momento fue crucial la valiosa orientación de la doctora Isabel Monal, profesora de la Universidad de La Habana, quien me recomendó tomar en cuenta algunas de las consideradas, en ese momento, como las tres corrientes filosóficas esenciales en el devenir histórico de América Latina: la escolástica, el positivismo y el marxismo. Mi decisión finalmente fue comenzar por el positivismo, pero fue básica la colaboración inicial de esta prestigiosa profesora, hoy Premio Nacional de Ciencias Sociales en Cuba, para dedicarme a este tema.

La tarea de profundizar en las obras de los pensadores clásicos del positivismo europeo y algunos latinoamericanos para ampliar mi visión del estado del arte, junto a la necesidad de ampliar mi conocimiento sobre las circunstancias históricas en que se desarrollaron esta y otras corrientes filosóficas en el ámbito latinoamericano, me indujeron a matricular en la carrera de Historia.

No pocos desalientos iniciales encontré entre algunos que me planteaban que ese tema ya estaba suficientemente estudiado por el destacado filósofo mexicano Leopoldo Zea. Cuando ya había publicado en la revista *Is/as*, de esta Universidad,

algunos artículos sobre el positivismo en Cuba, decidí enviárselos a Zea, quien me respondió que tenía algunos desacuerdos con ellos, pero que le agradecería debatirlos personalmente conmigo y una ocasión propicia para ello podría ser su próxima visita a La Habana como jurado del Premio Casa de las Américas.

Así fue, y nuestras conversaciones al respecto se prolongaron varios días, mucho más de lo previsto. Finalmente, me extendió una invitación a Guadalajara, al Congreso Interamericano de Filosofía, que él presidiría, para que presentara los resultados de mis investigaciones. Siempre recuerdo que me comentó que él no tenía nada en contra de los cubanos residentes en los Estados Unidos de América o en otros países que siempre participaban en dichos congresos, pero consideraba que ya había llegado el momento de que también participaran los cubanos residentes en la Isla; mas, como él sabía que no disponíamos de suficientes recursos financieros para esos eventos, me enviaría cuatro invitaciones con todos los gastos pagados de boletos y estadía durante los días del congreso.

Comuniqué esa propuesta a Thalía Fung Riverón, presidenta de la Sociedad Cubana de Investigaciones Filosóficas, y con tal objetivo se eligieron los cuatro que debían representar a Cuba por primera vez en un congreso de tal envergadura.

Algo significativo resultó que el representante de la American Philosophical Association se llegara a cuestionar públicamente mi participación como vicepresidente de la Sociedad Cubana de Investigaciones Filosóficas en la reunión de la Sociedad Interamericana de Filosofía, cosa que Zea no solo justificó, sino que cuando llegó el momento de elegir a los que intervendrían en representación de los invitados de los cinco continentes, propuso y se aprobó que interviniese yo en el acto de clausura del congreso, en nombre de los filósofos latinoamericanos.

Debo llamar la atención acerca de que, para tranquilidad de Zea, en aquella ocasión recibimos del filósofo cubano-americano Ernesto Sosa, entonces presidente de la American Philosophical Association, la invitación para participar en su congreso de Atlanta. Fue esta también la primera vez que en dichos eventos hubo una participación de cubanos residentes en nuestro país.

La relación con Zea se fue profundizando y al conocer mis trabajos sobre las particularidades del positivismo en Cuba, me invitaría a otros congresos internacionales en México, España y Japón, para que presentara los resultados de mis investigaciones sobre el pensamiento filosófico latinoamericano. Surgiría así una sincera y sostenida amistad, que culminó con un artículo suyo publicado en el periódico *Excelsior* de México al que tituló «El humanismo de Pablo Guadarrama», en el que reseñaba mi libro sobre *José Martí y el humanismo en América Latina*.

No faltó al inicio de mi trabajo investigativo quien me aconsejara abandonar el tema, regresar a Leipzig y retomar los estudios sobre la filosofía clásica alemana o, en su lugar, sobre el marxismo. Otros me sugerían que desarrollara mi doctorado en la entonces Unión Soviética, pues a mediados de los años setenta recibimos varios cursos de profesores soviéticos, entre los cuales se destacó, en la asesoría de mis trabajos iniciales, Vladimir Akulai. Sin embargo, mis vínculos con mis antiguos profesores alemanes no se interrumpieron, sino, por el contrario, se incrementaron paulatinamente.

Algunos de mis primeros trabajos sobre el positivismo en Cuba publicados en la revista *Islas*, fueron también publicados en la *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*, hasta que llegó un momento en que mis profesores de Leipzig consideraron que tenía en mis investigaciones resultados suficientes para sustentar una tesis de historia de la filosofía sobre el positivismo latinoamericano a través del análisis del pensamiento de Enrique José Varona. Y así, con la tutoría de la profesora doctora Martina Thom, defendí con éxito la tesis doctoral sobre ese tema en la Universidad de Leipzig.

Siempre recuerdo la sorpresa que recibí cuando algunos meses después de mi disertación recibí una carta del prestigioso filósofo catalán José Ferrater Mora, quien había leído el resumen de mi tesis doctoral en alemán y me solicitaba una traducción autorizada por mí, en inglés, para publicarlo en el *Philosophical Index* de la Universidad de Ohio. Posteriormente la referenció en su valioso *Diccionario de Filosofía*. En aquellos momentos pensé que si hubiera elegido realizar mi tesis

doctoral sobre Kant, Hegel o Marx, quizá no hubiese llamado tanto la atención del pensador español ni la de otros investigadores en distintos países.

A partir de mi entrega al estudio de la vasta obra de Varona y de otros intelectuales cubanos influidos por el positivismo, me di a la tarea de animar a algunos colegas, especialmente a Edel Tussel Oropesa, quien concluyó su tesis doctoral en el Instituto de Filosofía de la Unión Soviética, también sobre el pensamiento filosófico de Varona. No obstante nuestras lógicas controversias teóricas sobre el tema, finalmente nos unimos en la publicación de un libro conjunto que recogía nuestras respectivas tesis doctorales sobre el pensador camagüeyano.

Interesado por nuestros trabajos, José Antonio Portuondo nos invitó un día al almorzar en la sede del Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba, que él dirigía, para conversar sobre el asunto. No me había percatado de que el cocinero prestaba mucha atención a nuestra conversación. Al concluir el almuerzo se me acercó y me comentó que había escuchado que yo estaba trabajando la obra filosófica de Enrique José Varona. Al confirmarle que así era, me informó que en su casa tenía numerosos libros de Varona, pero que nadie se había interesado en ellos. Le respondí que estaba dispuesto a esperar a que él terminara su jornada laboral para, si estaba de acuerdo, acompañarlo a su casa. Durante la trayectoria me comentó que su padre había sido mayordomo de José María Chacón y Calvo. Pero cuál no sería mi sorpresa cuando al llegar a aquella vieja casona cerrada de El Vedado leí en su frontón que se trataba de la Sociedad Ateneo de La Habana. No entramos por la puerta principal, celosamente guardada por antiguos candados al igual que la reja anterior, sino por otra pequeña entrada que conducía a la reducida vivienda de los criados donde vivía el cocinero.

Quedé atónito cuando penetramos en aquel oscuro auditorio central, aún bien conservado con su podio y filas de butacas, apenas iluminado por un bombillo incandescente que nos permitió acceder a varias habitaciones laterales, llenas de libreros empolvados, que contenían no solo la biblioteca privada de Varona, con libros, cartas, abrecartas, documentos, fichas, secadores, tinteros, archivos y demás

objetos que él había donado en vida a dicha Sociedad, sino también los libros y la papelería de otras personalidades de la cultura cubana.

De inmediato busqué un teléfono en la gasolinera de la esquina y me comuniqué con Mariano Rodríguez Solveira, quien había sido rector de la Universidad de Las Villas y en ese momento dirigía el Instituto de Filosofía. No demoró Mariano en llegar a aquel lugar y comunicarse con Julio Le Riverend, entonces director de la Biblioteca Nacional de Cuba, que de inmediato se encargó de que todos aquellos valiosos fondos bibliográficos y documentales se trasladasen a esa institución. De ese modo se impidió, afortunadamente, que fuesen a parar a otras manos.

Como expresión de gratitud por mi colaboración en aquel descubrimiento, Le Riverend me otorgó una especie de derecho de pernada al permitirme que fuera el primero que los consultara. Algunos de los aforismos inéditos que encontré entre los manuscritos de Varona, los publicamos en la revista *Islas*.

Cuando más tarde le comenté a Ernestina Varona, la hija del filósofo cubano —que me impresionó mucho por su clara memoria y lucidez mental, mucho mejor que la de su hijo, no obstante su avanzada edad— sobre aquel redescubrimiento que habíamos hecho de la biblioteca de su padre, en gesto de extraordinario agradecimiento me obsequió dos ejemplares de la primera edición de sus *Conferencias filosóficas*, sobre ética, psicología y lógica, que le habían pertenecido y contenían notas manuscritas con la fe de erratas realizada por el propio autor, que aún conservo.

A mediados de 1980, un día que trabajaba en aquellos fondos documentales en la Biblioteca Nacional, al entrar al edificio veo anunciada para esa tarde una conferencia de Gaspar Jorge García Galló sobre las ideas filosóficas de Enrique José Varona, en el auditorio José Martí de dicha institución.

Con gran interés, lógicamente, asistí, y con una extraña sensación tal vez de desaliento escuchaba a aquel magistral conferencista que formulaba ideas sobre la obra varoniana, que yo pensaba había elaborado en mis investigaciones con algún grado de originalidad, pero que ahora veía no resultaban tan novedosas. Al concluir

su brillante intervención, como era usual en este maestro de maestros, García Galló formuló algunas preguntas al auditorio, pues se anunciaba que con aquella se abría un ciclo de conferencias que se realizaría en las semanas siguientes sobre distintos aspectos del pensamiento de Varona.

Al observar que nadie se disponía a responder las preguntas formuladas, con la timidez del provinciano levanté la mano y cuando comencé a analizar algunos de los problemas que el conferencista había tratado, este me preguntó: «¿Usted se ha leído los artículos de Pablo Guadarrama sobre Varona publicados en la revista *Islas?*» Con voz temblorosa le respondí que yo era esa persona a la que él se refería. Algo sorprendido, García Galló se puso de pie y expresó ante aquel público, creo que anonadado: «Muchacho, si yo he preparado estas conferencias por tus artículos», y dirigiendo la mirada hacia Julio Le Riverend, quien estaba a su lado, añadió: «Cuando Julito me solicitó que ofreciera estas conferencias sobre Varona, le comenté por qué no buscaba a un tal Pablo Guadarrama que había escrito unos artículos muy valiosos sobre este autor. Pero claro, a Guadarrama nadie lo conoce, y a Galló sí, y mira cómo está llena la sala. Pero me están convirtiendo en un charlatán, por eso propongo que las próximas conferencias sobre Varona las desarrolles tú, y máxime que estás aquí en La Habana, pues tú sabes bien cómo son los problemas para invitar a alguien de provincia con los gastos de transporte, alojamiento, etcétera». De inmediato abandonó la mesa y se dirigió hacia nuestro asiento. Yo le respondí que no podía ofrecer esas conferencias porque precisamente el domingo siguiente viajaba a Alemania, donde preparaba mi tesis doctoral sobre el tema.

Galló me contestó que en ese caso se suspendían las conferencias hasta que yo regresara y me entregó una tarjeta con sus teléfonos de oficina en el Comité Central del Partido Comunista de Cuba y el de su casa en Calabazar, para que lo llamara en cuanto regresara.

Así lo hice y de inmediato me organizó un ciclo intensivo de conferencias durante una semana en la Escuela Superior del Partido «Ñico López», con la participación de todos los profesores de filosofía de las filiales provinciales del país.

Las conferencias no se redujeron a Varona, sino a una panorámica del desarrollo de las ideas filosóficas en Cuba y algunas corrientes en América Latina, como el marxismo y la filosofía de la liberación, pero con una imperdonable ausencia: el estudio de las ideas filosóficas de José Martí. Cuando García Galló me preguntó por qué no lo incluía entre los temas que desarrollaba, le confesé que no me consideraba en ese momento capaz de abordar tan compleja problemática, pero le prometí que posteriormente lo haría, promesa que fui capaz de cumplir.

García Galló asistió atentamente a las cinco conferencias y me propuso publicarlas como un libro, del cual él se encargaría de hacer el prólogo. Así nació *Valoraciones sobre el pensamiento filosófico cubano y latinoamericano*: nuestro primer libro.

A partir de entonces, mantuve una permanente relación de trabajo con García Galló, en especial en los tribunales de filosofía para grados científicos que él presidía y del cual yo era también miembro. Algunos años después, cuando en colaboración con el filósofo ruso Nikolai Pereliguin escribí el libro *Lo universal y lo específico en la cultura*, le solicitamos a García Galló que también le escribiera el prólogo a este nuevo libro. Me respondió que lo haría, pero con una condición: si al próximo libro suyo yo le hacía lo propio, proposición que acepté y cumplí.

Cuando iniciamos la formación del grupo de investigación sobre pensamiento filosófico latinoamericano en la Universidad Central de Las Villas, ninguno de sus integrantes habíamos recibido cursos sobre historia del pensamiento filosófico cubano o latinoamericano en nuestras respectivas carreras, y mucho menos los egresados de la otrora Unión Soviética. Incluso la mayoría de los miembros del grupo, dada la formación eurocéntrica recibida, en esos momentos dudaban —y aún algunos dudan— que los pueblos latinoamericanos sean capaces de producir ideas filosóficas originales o auténticas.

Tal situación nos obligó a conformar cursos de capacitación, en los que nosotros mismos desarrollábamos algunos de los temas, distribuíamos la búsqueda bibliográfica y así compartíamos los conocimientos recién adquiridos en las fuentes

de información fundamentalmente latinoamericana, en muchos casos vistos con ojeriza por algunos colegas, dada su presunta procedencia burguesa.

Varios fueron los obstáculos y prejuicios que tuvimos que superar al principio, pero habíamos tomado la temprana decisión de dedicar nuestras vidas intelectuales a rescatar los valores de la producción filosófica nacional y contribuir a su difusión en el ámbito latinoamericano y mundial.

Muy estimulante y orientador fue el sabio consejo del maestro Gaspar Jorge García Galló cuando a fines de los años ochenta, premonitoriamente, nos indicaba que nuestra labor investigativa no debía ser similar al vuelo del pájaro llamado sabanero, que no levanta mucha altura y por eso mismo no puede tener una adecuada visión de la totalidad del paisaje y en ocasiones hasta tropieza con los arbustos, ni tampoco elevarnos tan alto como el vuelo del gavilán o del águila, en que se puede perder la perspectiva más terrenal de la realidad, sino que debíamos volar intelectualmente a la manera del gorrión: elevándonos y a la vez descendiendo con frecuencia. Pero debíamos siempre volar y volar, no detenernos en ningún momento por los obstáculos, y de seguro llegaríamos muy lejos. Posteriormente, supe por mi maestro Juan Virgilio López Palacio que similar vaticinio sobre mi avizorada vida intelectual le comentó de manera temprana, a raíz de un ejercicio pedagógico como estudiante, mi entonces profesora de historia Antonia Digna Carbonell y Céspedes.

Con la participación de nuevos profesores y estudiantes que nos acompañaron en aquella labor, desde inicios de los años ochenta fue surgiendo en la Universidad de Las Villas, paulatinamente, el grupo de investigación sobre pensamiento filosófico latinoamericano, que comenzó a realizar investigaciones en equipos de trabajo sobre el desarrollo de la filosofía en Cuba, así como del positivismo, la filosofía de la liberación, el marxismo en América Latina y numerosos problemas del devenir filosófico en esta región, como el de la condición humana, entre otros.

En la actualidad, ese grupo de investigación se ha multiplicado y se han ido formando otros grupos sobre temas específicos. De su producción intelectual se han publicado varios libros colectivos y otros de autoría individual en varios países.

La mayoría de sus integrantes se ha graduado en la maestría y en el doctorado creado al efecto sobre ese tema, junto a numerosos investigadores nacionales y extranjeros. Varios son los premios internacionales y nacionales que se han obtenido, y en la actualidad los resultados de la investigación poseen un reconocido prestigio internacional en esa área del conocimiento.

Una valiosa experiencia surgió cuando valoramos que las posibilidades de intercambio personal directo con investigadores de otros países eran extremadamente limitadas, porque las invitaciones a congresos y cursos que recibíamos eran muy selectas, y fundamentalmente dirigidas a los que en esos momentos ocupábamos el liderazgo del grupo. Defendimos entonces, una vez que ya se contaba con los primeros resultados de los proyectos de investigación, la pertinencia de efectuar en la Universidad de Las Villas algunos eventos, talleres y simposios que permitieran la presencia y participación de destacadas personalidades de la vida filosófica latinoamericana contemporánea. El primero de ellos se efectuó solamente a nivel nacional, con el objetivo de valorar las potencialidades existentes en el país. Una vez conocidas, y tras intercambiar con otras universidades e instituciones cubanas que trabajaban en algunos temas afines, emprendimos la realización de simposios internacionales, realizados cada dos años desde 1988, en los que han sido sistemáticamente presentados los resultados parciales y finales de todos los proyectos de investigación desarrollados por el grupo en sus doce ediciones hasta el momento, cuando ya se prepara la decimotercera edición para junio de 2012. Esto permitió que de manera paulatina, al ser reconocidos los méritos de otros compañeros del grupo de investigación y al establecerse intercambios personales con investigadores de otros países, se incrementaran y ampliaran las invitaciones para que estos colegas presentaran sus respectivos resultados.

Lo mismo que en el primer libro colectivo que publicó el grupo de investigación, sobre el pensamiento filosófico en Cuba en la primera mitad del siglo xx; en el segundo, dedicado al estudio del humanismo en la filosofía de la liberación; en el tercero, que abordó la autenticidad del pensamiento marxista en

América Latina; que en el más reciente, sobre el pensamiento cubano del siglo xx ante la condición humana, se discutieron y aprobaron de forma colegiada conclusiones, bien parciales o generales, sobre los respectivos proyectos de investigación en los que cada uno de los miembros tuvo la posibilidad de disentir oportunamente de las propuestas teóricas formuladas por las distintas comisiones de redacción, además de la de argumentar sus criterios y tesis personales, en sus respectivos artículos individuales, que siempre tuvieron la responsabilidad de elaborar. Otra cuestión es que a veces no lo hayan hecho de manera adecuada u oportuna, pero siempre tuvieron la ocasión de hacerlo, de manera tal que no se sintieran aplastados por los criterios de una mayoría, pues la actividad científica no debe funcionar como la vida de los partidos políticos: la vida democrática debe tener sus especificidades aunque también sus mecanismos consensuales.

Grandes son los obstáculos que se deben sortear cuando no se desarrolla la actividad investigativa en la capital, pero por suerte no son insalvables y siempre hay formas de vencerlos. Una de ellas es presentando insistentemente los resultados de investigación no solo mediante los mecanismos internos de evaluación, promoción, publicación y estimulación de cada departamento, facultad, universidad, revistas o editoriales nacionales, sino también, y a la vez, por la vía de reconocidas personalidades científicas e intelectuales que puedan avalarlos, si los consideran de calidad.

En tres ocasiones, a libros con resultados de nuestras investigaciones que inicialmente habían hallado dificultades para integrar el «colchón» de propuestas en algunas editoriales nacionales, tras conocerse sus ediciones extranjeras de inmediato se le abrieron las puertas para ser publicados en Cuba; significativamente, dos de ellos alcanzarían el Premio de la Crítica del Instituto Cubano del Libro, y los tres serían premiados por la Academia de Ciencias de Cuba y el Ministerio de Educación Superior.

Los estudios sobre el pensamiento filosófico latinoamericano que desde los años setenta del pasado siglo xx se han desarrollado en la Universidad Central de Las Villas —la mayor parte de ellos concluidos, publicados y utilizados en la

docencia universitaria en Cuba y en otros países—, evidencian la potencialidad de un colectivo de investigación que ha sabido crecer, multiplicarse, diversificarse y aportar en torno a algunos de estos temas una producción teórica que es hoy reconocida internacionalmente y con la cual se puede coincidir o no, pero jamás ignorarla.

LA UNIVERSIDAD CENTRAL EN MI RECUERDO

Félix Julio Alfonso López

Nací en el km 4 de la Carretera a Camajuaní: una vía angosta y zigzagueante que nace en la ciudad de Santa Clara y va recorriendo numerosos asentamientos humanos (Reparto Moro, Textilera, El Gigante, Los Güiros, presa Minerva, Carmita, Tarafa, Camajuaní, Remedios) hasta llegar a su final en la costa norte, por el puerto de Caibarién. En las noches de mi infancia, solía esperar el sueño contando junto con mi abuelo los carros que iban en una y otra direcciones, que no solían ser demasiados.

Algo singular de esta carretera es la elevada cifra de centros educacionales que la bordean, desde la Escuela del Partido «Carlos Baliño», pasando por una Escuela de Arte, la Escuela Vocacional Ernesto Che Guevara, el Politécnico Azucarero Pedro María Rodríguez y el Instituto de Refrigeración Lázaro Cárdenas, hasta llegar, en el km 5 ½, a la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas. Esta última siempre fue, con mucho, la más importante de todas las instituciones docentes de la antigua provincia de Las Villas, pero para los lugareños y vecinos de sus inmediaciones su largo nombre se reducía al lacónico apelativo de La Universidad.

En aquel microcosmos parecido a una ciudad en miniatura, terminaba su viaje la ruta de ómnibus número 3, y un poco más lejos lo hacía la ruta 15, en los antiguos Camilitos. Estas dos guaguas eran los únicos medios posibles de comunicación con la ciudad, y generalmente llegaban atestadas de estudiantes y profesores de La Universidad y otros centros docentes. Para quienes vivíamos en medio de su trayecto, abordarlas era una verdadera agonía. Mi niñez está poblada de esos ómnibus siempre llenos, en los que a duras penas alcanzaba a montarme para ir a la escuela, ir de paseo a la ciudad, visitar amigos y frecuentar novias. En

ellos viajaban los estudiantes universitarios, llenos de libros y de sueños, y las bellas muchachas en flor, con sus senos redondos y cabellos ondulados. También escuchaba en las guaguas, por primera vez, conversaciones en idiomas extraños: portugués, francés, árabe y dialectos tribales hablados por estudiantes africanos y asiáticos que cursaban sus estudios superiores en Cuba.

No recuerdo con precisión cuándo fue la primera vez que fui a La Universidad: debió ser a los cuatro años, cuando empecé a asistir al círculo infantil Los Criollitos, que se ubicaba en una ligera elevación, rodeado de casas, y al que se accedía a través de un camino asfaltado, flanqueado por árboles que lo cubrían con su sombra. Había sido una antigua comunidad adventista que se conocía con el enigmático nombre de Las Antillas. Era un lugar frío y húmedo, en el que contraí un asma benigna que obligó a mi madre a sacarme de allí y a ponerme en otro círculo de la ciudad distante. En Las Antillas existía una vaquería y estaba la imprenta de La Universidad; cerca, vivía mi primo Regino, pero a mí aquel territorio se me antojaba hostil y preñado de peligros, quizás por la experiencia del asma temprana.

En La Universidad estaba también el policlínico al que me llevaron de niño muchas veces para bajarme la fiebre con temibles inyecciones, empastarme una muela o sacarme sangre. Quedaba casi a la entrada, próximo a la Facultad de Matemáticas y a la que entonces se llamaba Escuela Anexa: la primaria que me correspondía geográficamente, pero donde no estudié, pues mi padre era profesor en un plantel de Santa Clara, la escuela Juan Oscar Alvarado, y allí cursé mis primeros grados.

Sin embargo, La Universidad tenía lugares muy agradables, como la cafetería que se encontraba en los bajos del edificio de ciencias, donde tomé los mejores helados, pasteles y yogures de mi niñez, en compañía de mi abuela y de mi tío Félix Domingo. Y casi al lado se hallaba la librería, donde comencé a adquirir los primeros libros de lo que es hoy mi biblioteca personal. Allí encontré los clásicos de la literatura infantil y de aventuras: Verne, Salgari, Dumas, Kipling, Mark Twain...; pues estaba muy bien provista y no solo de textos para la docencia universitaria.

Otro lugar muy atractivo era el Correo, donde se podían adquirir revistas y periódicos, enviar telegramas y comprar los sellos que despertaron en mí una pasión de coleccionista que todavía me acompaña.

Entretanto, cuando fuimos creciendo, los muchachos del barrio empezamos a ir a bañarnos al río Ochoa, que atravesaba toda la finca Santa Bárbara, especialmente en la parte que pasaba por el Jardín Botánico, con sus flores y plantaciones de árboles exóticos; merodeábamos en grupo, en busca del tiempo perdido, por las inmediaciones del Reparto Universitario y, con suerte, podíamos bañarnos en la piscina durante la etapa de vacaciones, ocasión propicia para demostrar nuestras destrezas en el agua y, de paso, atisbar a las jóvenes universitarias en sus mínimos trajes de baño.

La Universidad de mi niñez y adolescencia fue un mundo fabuloso y próximo, lleno de tentaciones y aprendizajes, donde crecí mirando el bello campus de sólidos edificios racionalistas y el gentío que se arremolinaba en sus aulas. Me hubiera tocado estudiar allí, pero una vez más mis pasos fueron a dar a otra parte. En el IPVCE Jesús Menéndez descubrí que mi verdadera vocación no eran las ciencias, sino las humanidades, en particular la historia, y el lugar más indicado para estudiarla era la Universidad de La Habana. No obstante, durante el verano acostumbraba ir a La Universidad para realizar allí mis Brigadas Estudiantiles de Trabajo (BET), sin necesidad de pasarme quince días de julio o agosto lejos de mi casa y de mi familia.

En 1995, cuando concluí mis estudios de historia en la colina habanera, me ofrecieron quedarme allí como profesor, pero un obstáculo insalvable lo impedía. No tenía dónde vivir. Tomé entonces la decisión de buscar trabajo en La Universidad de mi niñez: un lugar cercano y conocido. Recuerdo que mi primer contacto académico se produjo en el mes de mayo, a través de la Cátedra Martiana que dirigía el doctor Ordenel Heredia, quien me dio la oportunidad de leer un trabajo sobre Martí y Lezama en las conmemoraciones por el Centenario del Apóstol.

En septiembre de aquel año me incorporé como recién graduado al entonces Departamento de Filosofía, que dirigía el doctor Manuel Martínez Casanova, quien sería mi tutor; y tras pasar un breve y provechoso curso de pedagogía con el doctor Juan Virgilio López Palacio, comencé a impartir Historia de Cuba e Historia de la Revolución Cubana en casi todas las facultades y carreras, desde las lejanas Agronomía y Veterinaria, hasta sus antípodas en Matemáticas, pasando por Industrial y Economía (INDECO), Eléctrica, Química, Farmacia, Mecánica, Psicología, Derecho, Lenguas...

Ese peregrinaje, realizado muchas veces a pie o en bicicleta por los senderos y calles interiores del campus, me dio una visión integral y abarcadora de La Universidad: conocí todos sus rincones y secretos, incluyendo los populosos y lúbricos edificios de becas, y me hice amigo de muchas personas que me ayudaron en mi formación profesional. Recuerdo con particular cariño a mis compañeros del Departamento de Filosofía: Boris, Plá, Ramoncito y Joaquín, Guadarrama, Miguelón y Miguelito, Edgard y Lidia, Maité, Roberlando, Israel, Carlitos, Bermejo, Ramón, Mérida, Grisell, Yadira, Dagoberto y Luisa, Mely..., así como a los profesores de Filología: las dos Gemas, Aimée González Bolaños, Elena Palmero, Carmen Guerra, los dos Virgilibios, Toledo, Clarita, y a mis colegas de Extensión Universitaria: Mercedes, Lora y Mirta. También agradezco el apoyo recibido de Ignacio Pérez y José Rivero.

Finalizado el primer semestre del curso 1995-96 asistí en representación de La Universidad a la zafra azucarera. Disfrutaba mis 23 años, y tenía una novia que me esperó durante los tres largos meses que me pasé en las cercanías de Remate de Ariososa, cortando caña para el central Chiquitico Fabregat, de Remedios. No podría olvidar el frío intenso de aquel febrero de 1996, el derribo de las dos avionetas y la serie de béisbol que el equipo de Villa Clara perdió frente a Industriales después de ser campeón por tres años consecutivos.

A mi regreso del corte de caña recibí el carné de militante del PCC. Tenía apenas 24 años, y asumí la dirección del comité de la UJC en la Facultad de Ciencias Sociales y Humanísticas, labor a la que dediqué dos largos años de

reuniones nocturnas, veranos al campo, caminatas de graduación y otras muchas tareas, con las que debí simultanear el maratón de clases y una nueva responsabilidad, adquirida al conseguir una plaza de profesor instructor en el Departamento de Extensión Universitaria: atender la Sala de Historia. Se trataba de un pequeño museo con cuatro salones, ubicado en el lugar donde el Che instaló su comandancia en los días previos a la Batalla de Santa Clara, y donde se podían conocer los momentos culminantes del devenir de aquella joven universidad, fundada el 10 de octubre de 1948 y cuyo primer curso dio inicio el 30 de noviembre de 1952.

Comencé a leer todo lo que tenía a mi alcance sobre aquella historia; entrevisté a varios protagonistas de la vida universitaria de antes y después del triunfo de la Revolución, y me di a la tarea de recuperar algunas tradiciones hermosas de La Universidad. En ese empeño, realizamos prendas de gran valor, como la toga de color azul ultramar claro, enseña de la Escuela de Pedagogía, semejante a la que había sido conferida al Che en diciembre de 1959. Restauramos el escudo universitario con su magnífico apotegma, atribuido a José de la Luz y Caballero: *Veritate sola nobis imponetur virilis toga* ('Solo por la verdad nos será impuesta la toga viril'). Rescatamos de la Biblioteca General Chiqui Gómez-Lubián, donde se estaba deteriorando, un cuadro de la excelsa patricia villaclareña Marta Abreu, cuyo nombre se había ido desvinculado involuntariamente del de la institución en los documentos oficiales, y cuya dignidad restauramos.

Asimismo, expusimos cuadros, trofeos, fotografías y decenas de objetos más, todos de gran valor para comprender el devenir de la casa de altos estudios. Exaltamos las figuras históricas de Marcelo Salado, alumno de Pedagogía y extraordinario líder clandestino; Ramón Pando Ferrer, presidente de la FEU y mártir del Directorio Revolucionario; Miguel Diosdado Pérez Pimentel, estudiante caído en la Batalla de Santa Clara... Del mismo modo, promovimos el conocimiento de figuras ilustres de la vida académica, como los rectores Agustín Anido Artiles y Mariano Rodríguez Solveira, y los profesores Medardo Vitier y Federico de Onís, Séntola Ribalta y Manuel Angulo Monteagudo, Julio Le Riverend y Manuel Moreno

Fraginals, Samuel Feijóo y José Lezama Lima, Gaspar Jorge García Galló y Antonio Núñez Jiménez. No puedo dejar de mencionar la valiosa ayuda obtenida, durante todo el proceso de montaje museográfico, de ese entrañable amigo que es el arquitecto santiaguero José Ángel Aguilera Tamayo.

De modo paralelo, organicé un pequeño archivo con fotos y documentos en un modesto local ubicado frente al museo; prologué el discurso del Che en el acto de otorgamiento del título de Doctor *Honoris Causa*, cuyo texto original restituyera textológicamente el fraterno Misael Moya; publiqué un artículo en la revista *Islas*, en coautoría con Ana Hurtado de Mendoza, donde se rescata el himno universitario, con letra de Samuel Feijóo y música de Agustín Anido Artilles, y escribí unas breves cuartillas con los hitos más descollantes de la historia universitaria hasta aquel momento. Recuerdo que ofrecí decenas de charlas sobre la temática dentro de La Universidad, tratando de sensibilizar a alumnos y profesores con aquella historia que les pertenecía, y acompañé a cientos de compañeros y delegaciones en visitas guiadas al museo histórico.

Luego, en 1998 marché nuevamente a La Habana para realizar una maestría en historia, de la que regresé con la firme idea de establecerme en la capital y hallar nuevos derroteros a mi vida profesional. Era un joven historiador con un matrimonio frustrado y muchas ganas de probarme en otros escenarios. No obstante, el recuerdo de la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas, a la que entregué mis mejores energías juveniles y donde amé, sufrí, gocé, lloré, tuve grandes amigos y fui feliz, ha seguido acompañándome desde entonces, y lo hará hasta el final de mis días, como cuando era aquel niño que la abuela llevaba a tomar helados y a comprar libros inolvidables.

(En La Habana, el 23 de febrero de 2012,
y a la memoria de Modesta Barreto, mi abuela.)

DEL COMPILADOR-EDITOR

Misael Moya Méndez

(n. 1972)

Licenciado en Letras, Especialista (Máster) en Edición de Textos y Doctor en Ciencias Lingüísticas. Profesor universitario e investigador. Editor y diseñador. Ha publicado libros y artículos sobre crítica de arte, lengua y edición de textos. Ha colaborado con varios proyectos editoriales cubanos (Editorial Capiro, Ediciones Sed de Belleza, Ediciones Creart, revista *Islas*) y también extranjeros (Colección Islazul, de Brasil; revistas *Tsantsa* y *Variaciones*, de Ecuador). Trabajó durante veinte años en la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas, donde creó los programas de una Especialidad de Posgrado y una Maestría en Edición de Textos, una Maestría en Estudios Lingüístico-Editoriales Hispánicos y una Maestría en Estudios Teóricos y Metodológicos del Español Actual. Fundador de la publicación seriada *Estudios Culturales*, de la Editorial Feijóo y de Las Villas Letras.

Sesenta años después... se terminó de editar
el día 25 de noviembre de 2015

ISBN: 978-959-7227-07-6



9 789597 227076